

UNIVERSITAT DE BARCELONA

DIVISIÓ I: CIÈNCIES HUMANES I SOCIALS

FACULTAT DE GEOGRAFIA I HISTÒRIA

DEPARTAMENT D'HISTÒRIA DE L'ART

TESI DOCTORAL

"ARTE RUPESTRE PALEOLÍTICO: ORGANIZACIÓN ESPACIAL Y PROGRAMA DECORATIVO EN LAS CAVIDADES DE LA REGIÓN CANTÁBRICA. (Cueva de La Meaza, Cueva de La Clotilde, Cueva de Santián, Cueva de Las Monedas, Cueva de La Pasiega, Cueva de Las Chimeneas, Cueva del Castillo, Cueva del Salitre, Cueva de Cobrantes, Cueva de Cullalvera, Cueva de Sotarriza y Cova Negra, Cueva de Venta de Laperra y Cueva de Ekain)."

PRESENTADA PER: **REYNALDO GONZÁLEZ GARCÍA.**

DIRIGIDA PER: **DR. FEDERICO BERNALDO DE QUIRÓS GUIDOTTI.**

PONENT PEL DEPARTAMENT D'ART: **DRA. NÚRIA DE DALMASES I BALANYÀ.**

BARCELONA, OCTUBRE DE 1996.

Debemos señalar de nuevo que este inventario no puede considerarse como exhaustivo respecto del número total de imágenes de la cueva del Castillo, si bien recoge buena parte de las figuras conocidas hasta el momento. XC Creemos, no obstante, que los porcentajes obtenidos son bastante representativos de las tendencias decorativas de la cavidad.

Han sido analizados un total de 60 paneles que soportan unas 252 figuras entre pinturas, grabados y algún relieve. Las imágenes más numerosas son los signos, de los cuales se han contabilizado un total de 51 unidades, con una mayoría abrumadora de representaciones en tonalidad rojiza, unas 45 frente a 2 figuras en negro y 3 grabados. En el grupo no se han considerado las agrupaciones de puntos¹⁴⁸, pero sí aquellas representaciones no figurativas que a pesar de estar ejecutadas mediante puntuaciones que tienen una entidad iconográfica bastante precisa, caso por ejemplo de algunas figuras del rincón de los tectiformes. Su tipología es muy variada, tanto en lo que atañe a su diseño como a su técnica de realización, abarcando desde fórmulas muy sencillas como el aspa, hasta diseños mucho más complejos como es el caso de los llamados tectiformes. A pesar de su número, se debe destacar que los signos no se distribuyen por la cavidad de forma equilibrada, existiendo zonas de la misma que detentan una mayor concentración de este tipo de figuras, tal como analizaremos más adelante.

¹⁴⁸ Caso, por ejemplo, de los "discos" de su galería homónima.

Las manos negativas son numéricamente el siguiente grupo de figuras del Castillo. Han sido identificadas unas 50 unidades, la práctica totalidad de las mismas realizadas en tonalidad rojiza; tan sólo se ha identificado una de color ocre. Destaca, a diferencia de otras cavidades paleolíticas con este tipo de decoración parietal, que todas las manos están completas, es decir, no presentan cercenaciones de las llamadas rituales. Son mayoritariamente manos izquierdas de varones adultos, aunque también se identifican tamaños que llevarían a una clasificación femenina e incluso infantil. Como ya sucedía con los signos, su distribución topográfica presenta unas importantes áreas de concentración.

Tras las manos, las figuras más representadas son ciervas, con un total aproximado de 30 unidades. El aspecto más destacado es que están mayoritariamente grabadas, 24 ejemplos, siendo su representación pintada proporcionalmente muy escasa, 2 unidades en negro y 4 en rojo. Esta diferenciación es muy importante ya que nos indica -a pesar de su número-, una probable y distinta intencionalidad u origen a la hora de representar este tipo de figuras. Prueba de ello es el modo de realización de las mismas, ya que sólo 6 pueden ser consideradas como imágenes completas, el resto, 24, son figuras incompletas. En este último grupo habría que situar las 6 únicas ciervas pintadas. Su ubicación en la cavidad puede mostrar algunas zonas de concentración, especialmente de grabados.

A continuación se hallan los caballos y los bisontes con 24 unidades respectivamente. Los primeros, a diferencia de las ciervas, presentan una ligera mayoría de representaciones pintadas frente a las grabadas, concretamente 13 figuras en color (6 negras, 6 rojas y 1 en ocre) y 11 imágenes grabadas. Por otra parte, y siempre en líneas generales, el modo de realización de los caballos señala lo que podríamos considerar como una mayor importancia de este tipo de figuras respecto de otras representaciones de la cavidad. Así, se identifican 10 caballos que pueden ser considerados completos frente a 14 que son incompletos. Su distribución por la cavidad no es tan concreta como en el caso de signo o manos.

Los bisontes por su parte, organizan sus 24 ejemplos, de una forma bastante similar a los caballos. Con 15 unidades de color (7 negras, 2 rojas, 3 ocre y 3 "polícromas"), 2 relieves y tan sólo 7 grabados. Disponen, asimismo, de un modo de realización que identifica 10 imágenes completas contra 14 de incompletas, en una proporcionalidad pareja a la de los caballos pero muy distinta de la de las ciervas. En cuanto a su localización en la cueva, si bien existen concentraciones, podríamos considerar que se distribuye por toda la cavidad.

Los cápridos son el siguiente grupo numéricamente hablando de la cueva del Castillo, ya que disponen de unos 22 ejemplos. De éstos, 15 están realizados en color -concreta y exclusivamente en negro-, el resto, 7 son grabados. Su proporcionalidad en tanto que animales completos e incompletos tiene

similitudes con las ciervas, así, disponemos de 7 ejemplares que podríamos considerar íntegros frente a 15 figuras incompletas. Por lo general se presentan en las proximidades de los bisontes teniendo una distribución por la cavidad similar.

A continuación hallamos los bóvidos, con 15 unidades. En este grupo, como ya hemos indicado anteriormente, incluimos los uros y todas aquellas figuras de bóvido que no pueden ser identificadas claramente como bisontes. Muestran 11 figuras en coloración (10 negras y 1 roja) por tan sólo 4 grabadas. En cuanto a su acabado 12 imágenes son incompletas y el resto, 3, pueden ser consideradas como completas. Su distribución por la cavidad no parece reflejar áreas de concentración precisas.

Los ciervos son el último grupo importante de las representaciones parietales del Castillo. Muestran un total de 15 unidades de las cuales sólo 3 disponen de coloración (2 rojos y 1 ocre), el resto, 12, son grabados. Su modo de realización refleja una ligera mayoría de las figuras incompletas, 8, destacando que únicamente 6 imágenes grabadas ejemplifican el grupo de animales completos. La distribución parietal de los ciervos no dispone de zonas de concentración precisa.

Tras los ciervos hallamos con 9 ejemplos el grupo de animales que hemos considerado indeterminados. De ellos 4 están realizados con color (2 negros y 2 rojos) y 5 son grabados. Al desconocer su asignación faunística, carece de demasiado sentido su valoración como animales completos e incompletos.

Los grupos de puntuaciones forman el siguiente conjunto de representaciones de la cueva. Todas ellas están realizadas en tonalidad rojiza y ocupan zonas de la cavidad con unas características físicas significativas tan como veremos más adelante.

Finalmente podríamos hablar de un grupo de varios, en los que situaríamos animales como el mamut, el jabalí, la liebre y el pez, y de los cuales tan sólo se ha detectado 1 imagen.

ANÁLISIS DE LA DISTRIBUCIÓN ESPACIAL DE LAS REPRESENTACIONES PARIETALES¹⁴⁹.

A diferencia de otras cavidades de este trabajo y del propio Monte del Castillo, la cueva muestra una distribución de las imágenes parietales en la que es problemática plantear zonas o áreas de concentración decorativa. En efecto, si por algo se distingue la cueva del Castillo es tanto por la gran cantidad de imágenes que detenta como por su dispersión prácticamente por toda la cavidad. Varias son las razones de esta peculiaridad de la gruta, entre otras sus dimensiones y particularidades físicas. No obstante, el aspecto más clarificador en este sentido sería lo que interpretamos como una importante frecuentación decorativa de la cavidad. Dicha

¹⁴⁹ Para un mejor seguimiento del discurso de este capítulo y el siguiente -dada la gran cantidad de paneles de la cueva- se hace aconsejable la consulta frecuente de las planimetrías de la cavidad.

frecuentación, tal como expondremos en un capítulo específico de esta monografía, se desarrollaría -con distintas características- a lo largo de un período muy dilatado de tiempo, si bien con unos momentos más álgidos que otros, es decir, con un mayor número de fases decorativas separadas por espacios relativamente cortos de tiempo; siempre en referencias temporales paleolíticas.

Otro elemento que caracteriza Castillo respecto de otras cavidades de este trabajo es su importante yacimiento. Relacionado con ello, la potencia de ciertos niveles de su estratigrafía y su más que probable correspondencia con algunos de los períodos de decoración de la cavidad indicaría múltiples momentos decorativos, a los que no serían ajenos las variaciones técnicas detectadas en la ejecución de las figuras ni la frecuentación decorativa citada anteriormente.

A tenor de lo expuesto, se observa una auténtica problemática a la hora de analizar la distribución espacial de las imágenes parietales y obliga, en consecuencia, a profundizar en mayor medida sobre los planteamientos desarrollados hasta ahora. Así, la organización en sectores que hemos planteado en la descripción del principio de la monografía, refleja en cierta medida la zonas decoradas de la cavidad si bien sus áreas de concentración no quedan perfectamente definidas. Intentaremos pues, dos niveles de aproximación al fenómeno de la distribución espacial, el primero de carácter más general y topográfico, y el segundo con análisis específi-

cos de cada una de las áreas delimitadas y que desarrollaremos en el capítulo siguiente, el dedicado a los posibles programas decorativos de la cueva

Dentro del sector que hemos denominado "A" pueden distinguirse cuatro áreas muy marcadas tanto topográficamente como, y esto es lo más importante, por el modo de realización de las imágenes. La primera zona se localizaría en la parte más oriental de la planta, concretamente en el interior de la pequeña galería que antiguamente circundaba la cavidad por debajo de su actual acceso. Esta zona detenta los paneles LV, LVI y LVIII, todos ellos con grabados. Topográficamente también añadiríamos el P. I.

La segunda zona de concentración del sector "A" estaría emplazada en la parte suroeste de la planta, la cual es conocida historiográficamente como divertículo de la gran sala. En esta área se hallan emplazados los paneles XLIX, L, LI, LII, LIII y marginalmente incluiríamos el P. LIV, aunque este último soporte está localizado propiamente en la gran sala. Todas sus figuras son pintadas excepción hecha de los grabados del P. LIV. Se ha de destacar que la mayoría de paneles detentan representaciones aisladas (P. XLIX, L, LI y LIII), mostrando tan sólo el P. LII un grupo de cuatro imágenes, difíciles también de relacionar entre sí.

La tercera zona del sector "A" está delimitada por los paneles XLV, XLVI, XLVII, y XLVIII. También incluiríamos

el P. LIX y LVIII, aunque éstos se hallan estrictamente localizados en la gran sala. Con excepción del P. XLVII, todos los soportes detentan más de una figura y combinan pintura y grabado. Se trata de un área ubicada en la parte más occidental de la planta del sector.

Finalmente hallaríamos la cuarta y última zona de concentración figurativa del sector "A" en la parte más septentrional de la planta. Se ha de señalar como aspecto significativo que a efectos topográficos esta zona se hallaría incluida propiamente en el sector "B". Los paneles de este área tienen un grado muy notable de independencia entre sí, especialmente el P. II, soporte con suficiente entidad como para configurar por sí mismo, tal como veremos en el capítulo siguiente, una zona de concentración parietal. Dispone de abundante decoración pintada. El resto de paneles: III, X, XI, XII, XIII están también relacionados topográficamente con el sector "B" y detentan pinturas y grabados.

Señalar para concluir que en el sector "A", no se han mencionado el P. LX -totalmente marginal-, ni los paneles XLIII y XLIV, relacionados topográficamente con el sector "C".

Por lo que hace al sector "B", podríamos considerar que se trata en sí mismo de una zona de concentración decorativa: paneles IV, V, VI, VII, VIII, IX; además de los soportes XXV, XXVI, los cuales, desde un punto de vista topográfico, pertenecerían a esta zona de concentración parietal. También

habría que añadir, como ya hemos indicado anteriormente, los paneles III, X, XI, XII, XIII del sector "A". Se detectan pinturas y grabados.

El sector "C", como en el caso anterior, también sería definible como un área de concentración parietal en sí misma: XIV, XV, XVI, XVII, XVIII, XIX, XX, XXI, XXII, XXIII, XXIV, XXXIV, XXXV, XXXVI, XXXVII, XXXVIII, XXXIX, XL, XLI y XLII; además de los paneles XLIII y XLIV del sector A. La tipología técnica de las figuras es muy variada, con grabados, pinturas y también figuras en relieve.

Finalmente el sector "D" puede ser considerado asimismo, como una zona de concentración parietal: XXVII, XXVIII, XXIX, XXX, XXXI, XXXII, XXXIII. Con excepción de este último panel, todos detentan decoración pintada.

Cada una de estas grandes zonas, definidas por sectores o partes de los mismos, ofrece una cantidad muy numerosa de posibles concreciones a efectos de lo que podríamos considerar sub-áreas, tema que como hemos señalado, trataremos de forma detenida en el capítulo siguiente. Hay que tener presente que la cueva del Castillo no ha de ser entendida a efectos decorativos como una única cavidad sino como varias y no tan sólo por su frecuentación decorativa. De hecho estaríamos delante de un ejemplo bastante único en el arte parietal paleolítico cantábrico y probablemente europeo, tanto en lo que atañe a sus numerosas figuras, como a la manera en que éstas

se hallan dispuestas en el interior de la gruta. Se trataría, pues, de una cavidad de cavidades.

Como ya se ha apuntado parcialmente en el capítulo dedicado al estado de conservación de las figuras parietales, la caverna ha sido sometida a importantes modificaciones tanto en su exterior como en su interior, por lo que se hace bastante difícil intentar una aproximación a su estado en el momento del descubrimiento y durante las distintas épocas paleolíticas en que fue decorada. A esto último hay que añadir la propia evolución geo-morfológica de la cavidad, la cual, en función de los distintos y probables momentos de su decoración paleolítica puede haber variado sino considerablemente, sí lo suficiente como para determinar progresiones o recorridos distintos unos de otros tal como intentaremos analizar.

En la relación a la época de su descubrimiento la cueva presenta importantes cambios que son parcialmente consignables gracias a las descripciones y topografías del momento (Alcalde del Río 1906: 27-29; Alcalde del Río, Breuil, Sierra 1911: 141-146).

Empezaremos lógicamente por el vestíbulo ya que en éste se halla la actual entrada. Las excavaciones realizadas entre 1910 y 1914 por Obermaier han transformado totalmente este lugar de la cueva y por ende la antigua boca de la cavidad. Hoy en día encontramos el gran socavón -de más de 20

metros de profundidad en algún caso- que se ha de superar para acceder al corredor por el que se penetra en el antro. Dicho corredor o pequeña galería interpretamos que ya es la misma que aparece citada en las descripciones de Alcalde y en *Les Cavernes...* como corredor de la derecha, si bien su suelo se halla acondicionado, así como la entrada a la gran sala, que se realiza a través de un gran tramo de escalones. Este tramo escalonado debe de substituir la rampa descendente que se menciona en nuestras fuentes.

En cuanto al corredor de la izquierda, que aparece tanto citado en los textos como dibujado en las plantas antiguas, se encuentra actualmente tapiado.

No tenemos evidencias para determinar si los pasos anteriores fueron los seguidos en época paleolítica, tanto más cuando hay que tener presente que las excavaciones de principio de siglo descubrieron otros corredores y pequeñas cavernas a medida que iban descendiendo en el vestíbulo, una denominada caverna lateral aurifiaciense y otra inferior conocida como musteriense; desconocemos si dichas galerías comunicaban con alguna zona del interior de la cueva. Interpretando la información que dan las referencias de estratos arqueológicos que aparecen en las fotografías de Obermaier (Cabrera Valdés 1984: 449-461-láminas), las dos galerías que podríamos denominar del descubrimiento parecen estar situadas a niveles magdalenienses. Se trata, empero, de una impresión visual de difícil verificación, aunque si así fuera aquéllas serían los pasos hacia el

interior de la cueva en el citado período paleolítico.

Una vez en la gran sala, notamos a faltar lo que en la planta de 1911 (Fig. 13-CA) se denominan *grands blocs tombés* y que tenemos la impresión que sino todos una buena parte han desaparecido. A partir de este punto las variaciones de la cueva se enmarcan en lo que podríamos calificar acondicionamiento turístico. Así, el sentido descendente de su parte más septentrional -identificada en la planta de 1911 como *bas côté-* es corregido mediante distintos tramos de escalones, intervención -la presencia de escalones- con que nos topamos en repetidas ocasiones a lo largo de nuestro recorrido y que obviamente no figuran en las fuentes consultadas.

Las intervenciones mencionadas en los párrafos anteriores han alterado sensiblemente el interior de la cavidad, transformando de manera muy significativa las formas de circulación y alterando irremediablemente aspectos tales como la complejidad de los accesos a partes de la cueva o la visualización de según que paneles, lo cual es un obstáculo muy importante en un método de trabajo como el nuestro. En este sentido señalaríamos dos de las actuaciones más destacadas de las obras modernas. Por una parte la excavación de un corredor por debajo del suelo original (sector C de nuestras planimetrías y paso entre la 2a. Salle y 3a. Salle de la planta de 1911), y por otra el drenaje y posterior relleno de la galería de los discos. En cuanto a la primera intervención, ésta ha transformado totalmente la configuración de la zona final de

la sala, especialmente en relación a la progresión hacia el interior de la cueva, ya que en base a las descripciones antiguas se deducen la existencia de dos corredores localizados a la izquierda y derecha de un grupo de formaciones importantes. Actualmente se conservan parte de los corredores, aunque su correspondencia topográfica con las salas y lógicamente con el resto de paneles, ha sido muy modificada.

El drenaje y relleno posterior de la galería de los discos también debe ser responsable de una profunda alteración de esta parte de la cueva. Al ser uno de los niveles más bajos de la cavidad -incluso se documenta la presencia de un sumidero- se ha de suponer que la zona era, al menos en el momento de su descubrimiento, de muy complejo acceso tanto por los desniveles de su trayecto¹⁵⁰ como, evidentemente, por la presencia del agua. Nótese, a modo de ejemplo, que la relación entre la parte final de la galería de los tectiformes o de las manos y la de los discos no está constatada en la planta de 1906 (Fig. 12-CA), si bien ya aparece documentada en la de 1911. Interpretamos este hecho como justificativo de la complejidad espeleológica de esta zona de la cavidad en la época del descubrimiento de la cueva. Desconocemos la profundidad exacta de este pequeño lago final, aunque los niveles de pavimento actuales no se corresponden a los antiguos, según se deduce de la lectura de las descripciones antiguas. Hay que señalar, no obstante, que debía ser escasa.

¹⁵⁰ En la época del descubrimiento de la caverna se accedía a la galería de los discos siguiendo el mismo trayecto que el actual, es decir, por la zona más meridional de la cueva.

Basándonos en estas abundantes modificaciones se hace muy difícil una aproximación al estado de la cavidad en los distintos momentos en que fue decorada, tanto más cuando éstos son probablemente muy abundantes y separados entre sí por períodos de tiempo que en algún caso pueden ser considerables. En consecuencia nuestra aproximación será mucho más general que en otras cavidades de este estudio.

El primer problema con que topamos es el del paso hacia el interior de la gruta desde el vestíbulo. Como ya se ha indicado, el corredor por el que hoy en día penetramos dentro de la caverna y el que se encuentra actualmente tapiado parecen corresponderse con los niveles magdalenienses, según las fotografías de Obermaier. Ello nos indica que caso de existir un acceso inferior a esa cota, el mismo no podría haber sido utilizado por los citados magdalenienses ya que estaría cubierto por los niveles estratigráficos que se desarrollan bajo esa cota. La altura a la que se encuentran hoy en día los corredores respecto de los niveles solutrenses y aurifiñacienses es notable aunque desconociendo la morfología exacta del vestíbulo no podemos descartar que fueran también los utilizados en esas épocas. No tenemos evidencias de otros pasos hacia el interior, a pesar de que está constatada la existencia de otras "cuevas" en el vestíbulo (véanse nuestros párrafos anteriores). Así, pues, y en consecuencia con lo mencionado hasta ahora, hemos de suponer que el paso que se usa en la actualidad para penetrar en la cueva es el mismo que el seguido en época paleolítica, como mínimo durante el Magdaleniense.

Dentro de la cueva los cambios han de ser considerables. Destacaríamos especialmente la problemática que se deduce en la galería de los tectiformes o de las manos y su continuidad en la galería de los discos. Este tramo de la cueva se halla en la actualidad dividido en dos zonas que sólo tienen relación tras una penosa progresión espeleológica, hecho ya constatado en la planta de 1911. Deberíamos de cuestionarnos si la conexión entre ambas galerías era "paleolíticamente" conocida, ya que de ser así, cabría la posibilidad de interpretar la cueva como si de dos cavidades se tratara. Para ello creemos útil constatar la localización de aquellas manifestaciones parietales que mantienen una importante unidad de diseño y de modo de realización: las manos negativas. Éstas se localizan en ambas partes de la galería de los tectiformes, pero también en la galería de los discos (un ejemplo). De forma contraria, el único ejemplar de mano negativa fuera del sector B¹⁵¹, sólo lo encontramos un poco antes de entrar en el sector C. No hay manos más allá de ese último punto, pero sí numerosas figuras de todo tipo.

Existen también, con independencia de las manos negativas, otras características que relacionan claramente el sector B (galería de los tectiformes y áreas adyacentes) y el sector D (galería de los discos), especialmente las puntuaciones rojas, y la presencia mayoritaria de imágenes de tonalidad rojiza que asimismo son no icónicas.

¹⁵¹ No estamos contabilizando las manos negativas del sector A.

Todo lo anterior nos muestra una, creemos que bastante evidente, correlación entre las dos galerías citadas, es decir, una clara correspondencia topográfica entre el sector B y el D. Este hecho unido a la ausencia de imágenes paralelizables a las del sector C, nos lleva a plantear aquella parte de la cueva como unidad topográfica distinta. Dicho en otros términos, en base a lo expuesto hasta ahora cabría la posibilidad que en tiempos paleolíticos el sector B y el sector D fueran conocidos como una "única cueva" o como mínimo como una misma unidad¹⁵². Reafirmaría tal suposición la propia configuración geo-morfológica de los sectores, especialmente la circulación por el B, y evidentemente la localización de las imágenes parietales; tal como desarrollaremos en el capítulo siguiente.

Cabe dentro de lo verosímil que la comunicación entre los sectores B y D a través de la galería de los tectiformes fuera cerrándose paulatinamente en tiempos paleolíticos, llegando posiblemente su "cierre" definitivo en el mismo período. Sirven de argumentos para ello la probable aportación de sedimentos tanto desde el propio sector B como desde el D, no hay que olvidar que es el nivel más bajo de toda la cueva y la circulación del agua por la zona ya aparece mencionada en el momento del descubrimiento.

Lo expuesto hasta ahora nos indica que la cueva

¹⁵² Ello no implica el desconocimiento de la continuación de la cavidad a través del sector C por parte de los decoradores de los sectores B y D. Así cabría interpretar la mano negativa que aparece en sus proximidades.

tampoco podría no haber sido la "misma" durante los períodos paleolíticos en que es decorada y asimismo podría haber sufrido importantes modificaciones internas difíciles de descubrir y compartimentar a nivel cronológico. Es por ello que estimamos más oportuno generar una interpretación geo-morfológica ligada a las fases decorativas de la cavidad, aspecto que será desarrollado en el apartado de las conclusiones de este trabajo.

DISTRIBUCIÓN Y ORGANIZACIÓN ESPACIAL DE LAS FIGURAS PARIETALES. PROGRAMA DECORATIVO DE LA CAVIDAD.

La gran cantidad de manifestaciones artísticas de la cueva del Castillo, tanto más cuando con seguridad pertenecen a distintas épocas paleolíticas, es un importante obstáculo para la sistematización de programas decorativos. Las razones de este hándicap son de distinto orden, la modificación del interior físico de la cueva, la más que probable desaparición de figuras con el paso del tiempo, etc; aspectos éstos a los que otras cavidades no son ajenas. Es de destacar, empero, que en Castillo se dan una serie de elementos nuevos, de manera destacada la constatación de un importante yacimiento que detenta además unas potentes estratigrafías en niveles tradicionalmente relacionados con etapas de decoración parietal en el Paleolítico Superior. Este hecho determina que, a diferencia de la práctica totalidad de cavidades de este trabajo, la frecuentación del interior de la cueva debe haber

sido muy continua y en adición a ello, las posibilidades decorativas también pueden haber sido en consecuencia muy numerosas.

Las evidencias anteriores nos llevan a intentar ordenar las distintas variables, que a efectos del concepto de programa decorativo, pueden plantear las manifestaciones artísticas del Castillo.

- Creación de un/unos programas decorativos cerrados y perfectamente definidos.
- Adaptación a programas decorativos "anteriores" -ya existentes- mediante la adición de figura/as "nuevas".
- Creación de un programa decorativo nuevo y adición de figura/as a programas decorativos "anteriores".
- Presencia de abundantes manifestaciones ajenas a los programas decorativos, bien por "voluntad" específica, bien por desaparición o eliminación de otras figuras del/los programas.

Estas variables son susceptibles de ser analizadas en conjuntos o grupos de figuras, pero muy difíciles de concretar figura por figura, por lo que la categoría del panel junto a lectura de la distribución topográfica de las imágenes

se convierte en una herramienta básica para constatar la posible presencia de distintos programas decorativos.

Dada la gran cantidad de paneles de la cueva la descripción de su categorización será en algunos casos menos pormenorizada que en otras cavidades de este trabajo.

Panel I.- Soporta 1 bisonte grabado e incompleto que se desarrolla sobre una superficie poliforme. Dado que se halla en un área de la cueva muy modificada por las obras modernas consideramos no determinable su categorización.

Panel II.- Soporte de compleja categorización que muestra 13 figuras: 2 caballos rojos uno de ellos incompleto, 4 bisontes (3 "polícromos" completos y 1 rojo incompleto), 1 bóvido negro incompleto, 3 ciervas rojas incompletas, 1 ciervo incompleto rojo, 4 manos negativas en rojo, y un signo rojo (vulviforme). Estrictamente debería de ser considerado como un panel activo debido a que la mayoría de sus figuras inciden visualmente en el espacio. No obstante, hay que señalar varios aspectos que deberían matizar dicha asignación. Por una parte la diferencia de tamaño (de modo de realización) entre los bisontes y el resto de imágenes del panel, las cuales excepción hecha del gran caballo rojo son mucho más pequeñas. Por otra la localización del gran caballo rojo en la zona más profunda, "menos activa", del soporte. Todo ello parece indicarnos que estamos delante de un panel principal o base tal como analizaremos más adelante.

Panel III.- Se identifican diversas puntuaciones rojas y dos manos negativas del mismo color que se desarrollan sobre una superficie poliforme. Consideramos pertinente una categorización de activo.

Panel IV.- Panel de difícil categorización con 1 bisonte negro incompleto y una mano negativa en rojo. Se estima una categorización de activo pero con reservas.

Panel V.- Soporta 5 bisontes (3 ocreos incompletos, 2 negros completos), 35 manos negativas rojas, 11 signos también rojos y 3 ciervas grabadas. El panel mostraría dos áreas muy diferenciadas. En la zona exterior -la propiamente más activa-, se hallan bisontes, manos y los grabados de cierva, y en la interior -la propiamente no activa-, más manos y los signos. Esta clara diferenciación nos impide otorgar una categoría uniforme para todo el panel y en consecuencia daremos por válida su dualidad.

Panel VI.- Es el conocido soporte de los tectiformes de la cueva del Castillo. Dispone de 12 signos rojos y tres grabados completos de 1 cáprido y 2 bisontes. Se estima clara su pertenencia al modelo de panel no activo.

Panel VII.- Pared septentrional de la galería de los tectiformes con 1 caballo completo en rojo con 3 signos también rojos en su interior, 1 bisonte incompleto negro, 1 cierva incompleta en ocre, 4 signos rojos y 1 mano negativa asimismo en rojo.

Dadas las grandes dimensiones del panel lo consideramos no determinable.

Panel VIII.- Soporta 4 signos rojos. Como en el caso anterior se estima una categorización de no determinable.

Panel IX.- Se desarrolla en una formación del techo de la galería de los tectiformes. Muestra 2 figuras incompletas de cierva y caballo, en rojo y ocre respectivamente. Se considera como perteneciente al tipo no activo.

Panel X.- Muestra 1 jabalí(?) y 1 cierva incompletos en negro, así como 3 grabados de cáprido, cierva y ciervo completo e incompletos respectivamente. Se trata de un panel de difícil adscripción aunque se considera pertinente enmarcarlo en el tipo de no determinable.

Panel XI.- Muestra tan sólo un grabado incompleto de bisonte. No activo con reservas.

Panel XII.- Con bisonte grabado incompleto. Como en el caso anterior se considera un panel de tipo no activo.

Panel XIII.- Dispone de 3 manos negativas en rojo. A pesar de que las superficies son claramente concaviformes y de que en la actualidad la coloración está muy perdida, son unas imágenes fácilmente visualizables por lo que la categorización más pertinente para el panel es la de activo.

Panel XIV.- Pequeñas puntuaciones en rojo. Soporte de compleja categorización debido a lo perdido de las citadas puntuaciones. En consecuencia se enmarca en el tipo de paneles no determinables.

Panel XV.- Tan sólo con 1 mano negativa en rojo. Su superficie es claramente cóncava aunque es un soporte fácilmente visualizable hoy en día. Se le estima una categorización de activo.

Panel XVI.- Soporte que dispone de 1 cabeza de caballo realizada en rojo. No determinable.

Panel XVII.- Grabados incompletos de caballo y 2 bisontes. Dada la escasa visualización del panel se estima una categorización de no determinable.

Panel XVIII.- El soporte muestra 2 bisontes en relieve uno de ellos completo y con retoques de color negro, así como un pequeño cáprido incompleto en negro. Se trata, sin ningún asomo de duda, de un panel activo.

Panel XIX.- Con 1 cáprido grabado y completo, y 1 bóvido incompleto en negro. Es un panel de difícil categorización aunque se enmarcaría bien en el tipo que hemos definido como activo.

Panel XX.- Muestra 1 bóvido grabado completo. Es un panel no determinable aunque puede ser una atribución dudosa.

Panel XXI.- Dispone tan sólo de un grabado incompleto de caballo o équido. No tiene una adscripción clara en base a su relación con el espacio que le envuelve por lo que se estima pertinente incluirlo en el tipo de no determinable.

Panel XXII.- Se trata de un panel que soporta 4 figuras incompletas y realizadas en tonalidad negra: 1 caballo, 2 bóvidos y 1 cierva. Tanto este panel como los dos anteriores son difíciles de valorar debido a las alteraciones que ha sufrido la cavidad precisamente en esa zona. Por lo tanto la valoración espacial no es representativa de lo que podía suceder en tiempos paleolíticos. No obstante, estimamos que podría ser considerado como activo, aun con las reservas necesarias.

Panel XXIII.- Dispone de 1 figura de bóvido completo realizada en tonalidad negra. Como en el caso anterior es una zona de la cueva muy alterada por su condicionamiento turístico con lo que su relación con los otros paneles y evidentemente con el espacio que le envuelve es bastante poco concreta. Cabe la posibilidad, a tenor de su visualización actual, que pudiera ser considerado como un panel activo, no obstante es una atribución algo dudosa.

Panel XXIV.- Soporta 3 figuras de cáprido ejecutadas con tonalidad negra, dos de ellas completas. Se trata de un panel cuyo entorno ha sido también muy modificado. Creemos pertinente, no obstante, una categorización de no determinable.

Panel XXV.- Se halla en la galería de los tectiformes en su parte más próxima al corredor de los discos y soporta tan sólo 1 mano negativa en rojo. Actualmente debería de ser considerado un soporte de tipo no activo. Desconocemos si en una configuración distinta de la galería, caso de mayores alturas de la bóveda etc., podría ser categorizado de forma diferente.

Panel XXVI.- Tan sólo detenta 1 cabeza de bóvido realizada en rojo. Es un panel claramente visualizable desde el ras de la galería, por lo que estimamos que es enmarcable en el tipo activo.

Panel XXVII.- Muestra 1 signo rojo en el interior de una pequeña gatera al inicio de la galería de los discos. Es un panel no activo.

Panel XXVIII.- Se trata de la gran superficie ocupada por los conocidos discos que dan nombre a la galería, 1 figura indeterminada y 1 aspa, todos ellos realizados en tonalidad rojiza. Evidentemente es un panel fácilmente visualizable y en consonancia enmarcable en el tipo activo.

Panel XXIX.- Tan sólo soporta 1 posible imagen de bisonte ejecutada en negro. Como en el caso anterior también sería un panel de tipo activo.

Panel XXX.- Se identifican 1 mano negativa en rojo, 1 signo doblemente romboidal y varios trazos. Es un panel claramente

activo.

Panel XXXI.- Dispone únicamente de 1 figura incompleta en rojo que se identifica como un mamut. Dado que es visualizable sin dificultad alguna, salvo por el mal estado de la representación, se estima pertinente una categorización de activo.

Panel XXXII.- Con tan sólo puntuaciones en rojo. Como en el caso anterior también es considerado como activo.

Panel XXXIII.- Soporta los grabados de 2 caballos (uno de ellos completo) y dos cápridos, ambos incompletos. Es un panel de compleja visualización con una nula incidencia espacial, con lo que se enmarcaría en el tipo de los no activos.

Panel XXXIV.- Muestra un caballo completo grabado. En la actualidad es muy visible, sin embargo se localiza en un lugar bastante alterado por el acondicionamiento turístico por lo que, sin otras referencias, estimamos que es enmarcable en el grupo de no determinables.

Panel XXXV.- Se identifican un grupo de puntuaciones, 1 cáprido negro incompleto y un animal indeterminado, todo ellos realizados en tonalidad negra. Dado que el panel es en propiedad un entrante de la galería, es muy poco visualizable, lo que unido a su nula incidencia espacial, lo enmarcan en el modelo de soporte no activo.

Panel XXXVI.- Localizado en el interior de una gatera lateral de la galería. Soporta 1 cáprido completo en negro, 1 signo también en negro y los retoques con pintura de una formación del techo semejante físicamente a una cabeza de bisonte. En función de la particularidad del lugar es pertinente una categorización de no activo. Sin embargo, y estrictamente desde el interior del antro cabría la posibilidad de que la formación del techo fuera considerada en sí misma como un panel activo. Es una opción, que sólo contemplaremos en el apartado final de este capítulo.

Panel XXXVII.- Se distinguen 1 caballo completo y 4 cápridos incompletos realizados en color negro. Es un panel de difícil adscripción a nuestras categorías por lo que será enmarcado en el grupo de los no determinables.

Panel XXXVIII.- Con bisontes completos ejecutados en tonalidad negra. Este panel, así como el anterior tienen su entorno muy modificado por las obras de acondicionamiento turístico, siendo su apreciación espacial actual algo dudosa. Teniendo presente este hecho, la categorización estimada es la de un panel activo, dado que el tamaño de las figuras así como la morfología de la superficie ocupada incide en el espacio que circunda al soporte parietal.

Panel XXXIX.- Presenta 1 gran signo rojo así como 1 cierva completa del mismo color. Sus características espaciales también están muy alteradas ya que es un panel que se desarro-

lla en la pared más próxima al inicio del corredor moderno excavado bajo las formaciones finales del sector C. La figura del signo es muy potente visualmente hablando y revela un modo de realización muy elaborado. Sin más referencias lo estimamos activo, si bien es una categorización problemática.

Panel XL.- Con tan sólo una figura grabada e incompleta de ciervo. Podría ser considerado como no activo, aunque también sería pertinente la categorización de no determinable, opción ésta última que consideramos más adecuada.

Panel XLI.- Muestra una superficie de tipología muy variada con 2 cápridos negros (uno de ellos completo) y 1 bisonte incompleto del mismo color. No es posible determinar una incidencia espacial precisa y en consecuencia será considerado como un panel no determinable.

Panel XLII.- Dispone de 5 signos rojos (campaniformes?), 1 signo negro (arboriforme) y 1 caballo negro muy perdido. Tal como sucede en otros paneles su entorno ha sido bastante acondicionado aunque sigue manteniendo una cierta sensación de recogimiento. Es por ello que consideramos pertinente una categorización del tipo no activo.

Panel XLIII.- Soporte que detenta los grabados de un ciervo y dos ciervas que pueden considerarse completos. Se le estima una categorización de no activo y no por el hecho de tratarse de grabados. En efecto, el panel se desarrolla en una zona de la

rampa de comunicación entre la sala del sector C y del sector A que tiene unas características espaciales muy precisas de recogimiento, argumento definitivo a la hora de enmarcar en el tipo no activo este panel.

Panel XLIV.- Con 3 figuras grabadas de ciervo, una de ellas incompleta. Tiene unas características espaciales similares al panel anterior por lo que será considerado como no activo.

Panel XLV.- El soporte presenta dos imágenes incompletas de cáprido y bóvido realizadas en tonalidad negra. Dada su localización se hace complejo adscribir el panel a una categoría concreta, tanto más cuando las figuras se hallan bastante perdidas. Por ello estimamos pertinente una categorización enmarcable en el tipo no determinable, si bien cabría la posibilidad de que también se considerara activo, aunque es una opción que desestimamos.

Panel XLVI.- Se distinguen un total de 11 representaciones grabadas e incompletas: bóvido (1), cierva (9) y conejo o liebre (1). Debido a sus dimensiones y a la poca incidencia espacial no podemos precisar su categorización, por lo que estimamos pertinente enmarcarlo en el tipo de panel no determinable.

Panel XLVII.- Con tan sólo 1 imagen grabada de un probable claviforme. No activo.

Panel XLVIII.- Soporte de difícil adscripción, muestra 2 bóvidos incompletos en negro, 1 caballo incompleto, 1 tectiforme, 1 mano negativa y varias puntuaciones, figuraciones todas ellas realizadas en tonalidad roja. Su relación espacial no se presenta evidente y en consecuencia se enmarcaría en el tipo no determinable.

Panel XLIX.- Muestra una pequeña figura de caballo incompleta realizada en tonalidad negra. Tiene una categorización compleja, si bien estimamos que pertenecería al tipo no activo.

Panel L.- Tan sólo con 1 figura negra de felino completa. No hay demasiados elementos para categorizar el panel por lo que será considerado como no determinable.

Panel LI.- Soporta 1 figura completa muy perdida de cáprido realizada en tonalidad negra. El estado de la imagen es muy fragmentario y ello impide un pronunciamiento definitivo sobre su categorización. Sin embargo, creemos factible enmarcar el panel dentro del tipo que hemos denominado activo.

Panel LII.- Con tres imágenes, 2 bóvidos (completo e incompleto) y 1 cáprido (incompleto), realizadas en tonalidad negra. Como ya sucede en algunos ejemplos anteriores, el panel presenta diferentes superficies que muestran una relación diferente con el espacio que las circunda. Cabe señalar, no obstante, que desde un punto de vista general se trataría de

un soporte activo.

Panel LIII.- Dispone tan sólo de 1 figura muy perdida de ciervo rojo. El mal estado de conservación de la imagen nos impide un enmarcamiento claro en nuestras categorizaciones, por lo que será considerado como no determinable.

Panel LIV.- Soporte que detenta una gran profusión de grabados de entre los que iconográficamente se identifican 4 caballos (sólo uno completo), 2 bóvidos, 3 signos, 1 pez y 1 cérvido, así como una numerosísima manifestación de trazos y 4 representaciones indeterminadas. A pesar de tan copioso grupo de imágenes el panel no presenta una incidencia espacial demasiado concreta, cabría interpretar incluso que no existe ningún tipo de intención al respecto de que las figuras sean visualizadas. En base a esto último estimo el panel como no activo.

Panel LV.- Con 1 caballo completo y 2 cápridos incompletos, todos ellos grabados. El panel sería clasificable como no activo.

Panel LVI.- Muestra 1 sola figura grabada e incompleta de cierva. Se considera un panel no activo.

Panel LVII.- Sólo dispone de grabados: 2 ciervos (incompleto y completo) y 1 cierva también incompleta. Como su homólogo anterior se considera un panel no activo.

Panel LVIII.- Se identifican cinco figuras grabadas. 1 caballo incompleto, 2 ciervos (completo e incompleto) y 2 ciervas (completa e incompleta). Es un panel de difícil adscripción a nuestras tipologías aunque podría enmarcarse en el tipo no activo.

Panel LIX.- Soporte que presenta figuras grabadas (3 ciervas incompletas) y pintadas (3 caballos negros completos). Se le considera un panel no determinable.

Panel LX.- Con tan sólo una imagen de 1 signo rojo. La superficie que ocupa unido a la peculiar morfología del lugar nos llevan a calificarlo como un panel no activo.

La categorización de los paneles permiten una serie de apreciaciones de carácter general en las cuales se pueden detectar unas tendencias bastante definidas a la hora de relacionar las figuras y su tipo de soporte. Hay que tener presente, no obstante, que existe una gran variedad de soluciones por lo que estrictamente no podemos plantear una proporcionalidad numérica o a efectos estadísticos; cabe indicar, sin embargo y tan sólo como referencia, que se han identificado 19 paneles activos, 22 no activos y 19 no determinables.

En la cueva del Castillo parece detectarse una clara correlación entre los paneles calificados como activos y los grupos de puntuaciones, las manos negativas, los bisontes, y,

en menor medida, los bóvidos¹⁵³ y cápridos. Incluso en los soportes que han sido definidos como no activos y que detentan alguna de las manifestaciones artísticas anteriores, la tendencia es que la zona más activa del panel siempre esté ocupada por alguna de las figuras señaladas, tal como se observa, por ejemplo, en los paneles V o XXXVI.

De forma totalmente contraria las agrupaciones de signos -no puntuaciones- tienden a localizarse sobre paneles de tipo no activo (P. V, VI o XLII) o en las zonas de los paneles activos que tienen menos visualización. Paralelamente cuando se presentan aislados acostumbran asimismo a ocupar paneles del mismo tipo (P. VII, VIII, XXVII, XXXVI). Hay que señalar, sin embargo, que se identifican algunas excepciones a esta norma, caso del P. XXXIX, si bien, como ya hemos señalado anteriormente, las modificaciones que ha sufrido la cueva en esa parte de su trayecto (sector C) impiden ser muy concluyentes al respecto. Los paneles no activos acostumbran también a detentar figuraciones de cierva, ciervo y caballo, mayoritariamente grabadas.

Uno de los aspectos más interesantes y a su vez complejo de dilucidar, es la correlación entre las categorizaciones de no activo y no determinable y buena parte de los numerosos grabados de la cueva. Al tratarse de una calificación realizada en la actualidad, la visualización del grabado

¹⁵³ Recuérdese que la definición de bóvido incluye todas aquellas figuras que al margen del Uro o toro, no pueden ser definidas como bisontes por su poca concreción iconográfica.

siempre es mucho menor que la presentada por las imágenes pintadas. Cabría la posibilidad de que en origen -recién hechos-, los grabados disfrutaran de una mayor potencia visual de la que tienen hoy en día, pero incluso así, la morfología de sus soportes unida a la localización topográfica de los mismos, los sitúa de ordinario en ámbitos espaciales carentes de una incidencia espacial definida. Es por ello que mayoritariamente han sido enmarcados en los tipos no activos o no determinables.

Otro de los aspectos que se destacan en la cueva del Castillo y que puede tener un valor muy significativo de cara a la definición de los programas decorativos de la cavidad, es lo que podríamos calificar como diferencias zonales. Efectivamente, con independencia de las significativas remodelaciones que ha sufrido la caverna, se observan unas profundas diferencias en el tipo y calidad de las representaciones parietales en función del área de cueva en que se hallan. Así, la zona del sector A comprendida entre la gran sala, el divertículo de la gran sala y la galería circular, muestran en términos generales unas figuras mucho menos definidas que lo que se detecta en otras partes de la gruta, con una gran abundancia de grabados y de figuras aisladas de escaso tamaño, mal estado de conservación y compleja identificación. Varias pueden ser las causas de este hecho, por una parte, que sea resultado de la existencia de distintas condiciones de conservación dentro de la propia cueva, cosa que habría llevado a la probable desaparición de figuras. Por otra, que sea consecuencia de una jerar-

quización del espacio interior de la cavidad, con la determinación de partes de la misma que son más importantes que otras a efectos decorativos. Esto último reafirmaría la existencia de una concepción de "programa" ligada a la utilización del espacio interior de la caverna.

Definición de los programas decorativos.

Como ya se ha indicado en otros capítulos de esta monografía, la cueva del Castillo es la más compleja de analizar de todas las cavidades que configuran este trabajo. La razón última de esta complejidad hay que buscarla no tan sólo en la cantidad de figuras¹³⁴, sino en el particular modo que tienen sus imágenes de definir o participar en los programas decorativos. Así, por ejemplo y con independencia de la cronología exacta de sus representaciones hay paneles en los que sus figuras definen un programa decorativo propio y a la vez participan de otro. Este hecho, está originado con toda seguridad en una importante frecuentación decorativa de la cavidad a la cual no ha de ser ajeno su importante yacimiento.

Han sido identificados distintos paneles del tipo que consideramos base o principal y que son definidores de programas decorativos propios. El problema es que algunos de

¹³⁴ En eso la cueva de La Pasiega andaría pareja en tanto que cantidad de figuración parietal. Sin embargo, la definición de los programas decorativos es mucho más clara en la citada cavidad que en la caverna del Castillo.

ellos funcionan asimismo como soportes relacionados con otros programas, siendo a veces la distinción problemática.

Se consideran paneles base o principales los soportes: II, (sector A), VI (sector B), XXII (sector C), XLII (sector C) y XXVIII (sector D). Para la determinación del tipo base o principal hemos recurrido a distintas variables: número de figuras, modo de realización de sus imágenes y entidad espacial de la zona ocupada por el panel. En todos los casos son paneles ocupados por numerosas figuras que a su vez se desarrollan en una importante superficie rocosa, de ordinario con distintas tipologías (concaviforme, convexiforme o poliforme). Detentan figuras o imágenes de cierto tamaño -en comparación con el resto de representaciones de la cueva- en las que a veces parece detectarse un mayor grado de detalle o atención. Siempre soportan elementos iconográficos en color siendo escasa y a veces incluso inapreciable la presencia de grabados. Finalmente se hallan ubicados en zonas de la cavidad que disfrutan de un marco físico característico y claramente diferenciable de otras partes de la cueva.

Cada uno de los paneles anteriores disfruta de una categorización general que en cada caso debería ser matizada. Han sido considerados activos los soportes II, XXII y XXVIII, mientras que el P. VI y el XLII se enmarcarían en el tipo no activos. En este último caso el ámbito espacial en el que se desarrollan no demanda ningún tipo de concreción ya que la ausencia en ambos paneles de incidencia espacial es muy clara.

Mayor atención hay que prestar a los soportes base o principales que han sido considerados activos. Así, el P. II dispone de una configuración espacial que sería susceptible de ser dividida en dos partes. Como se recordará, está localizado en un entrante de ciertas dimensiones de la zona septentrional del sector A. La parte más interna del panel -la que podría considerarse no activa- está ocupada por el gran caballo rojo, mientras que la zona más activa (más visible, de mayor incidencia espacial) dispone los bisontes -tanto el gran bisonte rojo como los "polícromos"-.

En cuanto a los paneles XXII y XXVIII se hallan ubicados en unas zonas de la cavidad que ha sufrido muchas modificaciones con lo que su relación espacial ha sido bastante alterada tanto en función de sí mismos como en función de un recorrido o progresión por la cavidad. En el caso del P. XXII su observación así como la relación con el resto de paneles del área es compleja de determinar, no olvidemos la creación del corredor subterráneo, los rebajes de nivel, los escalones y demás intervenciones modernas. Lo mismo podríamos apuntar para el P. XXVIII, la desecación del pequeño lago y las reformas en los accesos al sector D, nos llevarían en la misma dirección que lo señalado para el panel anterior.

En consecuencia, no sería descartable, aun con las matizaciones necesarias, que todos los paneles que han sido considerados como principales tuvieran en mayor o menor medida una cierta dependencia de la categorización de no activo.

Programa decorativo del panel II.

Es un panel que cumple varias funciones. Por una parte, es en sí mismo un soporte base único, es decir, una parte de sus figuras, concretamente las imágenes rojas (con excepción de las manos negativas) configuran un programa decorativo independiente y no relacionado con el resto de la cueva. Paralelamente, funciona como un panel de acceso y de recorrido a los programas definidos por los soportes base P. VI, y probablemente P. XXVIII. A esta modalidad pertenecerían el grupo de manos negativas y los bisontes "polícromos", si bien estos últimos también podrían estar relacionados con el programa definido por las figuras rojas. Recuérdese que la zona más activa del panel es la ocupada precisamente por los bisontes y las manos negativas. En buena lógica, estamos delante de un panel que presenta una acumulación de figuras fruto de distintas frecuentaciones decorativas a la cavidad que además se desarrollarían en un período muy dilatado de tiempo.

Programa decorativo del panel IV.

Es un programa decorativo problemático de acotar por su proximidad y a veces cabalgamiento con otros programas de la cueva, especialmente el determinado por las manos negativas. Podríamos decir, incluso, que se produce un claro "aprovechamiento" de programas decorativos anteriores. Dispondría de un

panel central o base, P. VI (no activo), caracterizado por los tectiformes e imágenes punteadas. Este soporte dispondría de un gran panel de acceso P. V (activo) en el que hallaríamos bisontes, signos y manos negativas. También serían considerables como paneles de acceso y recorrido en este programa decorativo el P. II (concretamente las manos negativas y los bisontes polícromos, en la zona más activa del soporte), el P. III (manos y puntuaciones, -activo-), el P. IV (bisonte y mano negativa -activo-), el P. XIII (manos negativas -activo-), y los paneles XII y XI (grabados de bisonte -no activos-).

Es difícil atribuir funcionalidad a los paneles X (por la poca definición de sus imágenes -no determinables-) y especialmente a los soportes VII, VIII y IX (no activos y no determinables). Estos últimos cabría enmarcarlos como soportes directamente relacionados con el P. VI, aunque con un valor espacial algo menor ya que no pueden ser considerados estrictamente como paneles de acceso, pero tampoco son soportes base.

A tenor de lo dicho es de fácil conclusión, que nos hallamos con un programa decorativo resultado de la adición de figuras en un período muy dilatado de tiempo. Cabe, no obstante, la posibilidad de deducir una cierta secuencia evolutiva de este programa. Así, los decoradores que crean las figuras del panel VI (los tectiformes) "aprovechan" y reutilizan para su propio programa decorativo la ubicación de las manos negativas y puntuaciones rojas; bien en sí mismas -sin la adición de imágenes nuevas- (P. III, P. XIII), bien con la

inclusión en los mismos paneles de las imágenes de su programa: bisontes, y signos (P. IV, P. V y P. VII)¹⁵⁵.

De lo anterior se puede deducir que el programa decorativo del P. VI estaría definido estrictamente por las figuras siguientes:

- Signos en el panel principal (P.VI -no activo-).
- Caballos, cierva, y signos en las zonas adyacentes (P. VII -no activo-, P. VIII -no determinable-, P. IX -no activo- y parte no activa del P. V).
- Bisontes en las zonas de acceso (parte activa del P. V, P. IV, bisontes policromos P. II). Pertenerían también a este programa los bisontes grabados (P. XI y XII), que serían interpretables como soportes de recorrido y el bisonte último del P. VII).

Hay que señalar, finalmente, que este programa decorativo tampoco es resultado de una sola fase decorativa y temporalmente la adición de imágenes, se debe de producir en un período relativamente corto de tiempo en parámetros paleolíticos.

¹⁵⁵ Este razonamiento presupone, tal como se intentará justificar en el apartado de conclusiones de este trabajo, que las manos negativas y las puntuaciones son anteriores cronológicamente al resto de figuras de la cueva. Configurando con probabilidad una de las primeras fases decorativas de la misma.

Programa decorativo del panel XXVIII¹⁵⁶.

Se trata de uno de los programas de más compleja definición de la cueva del Castillo y su planteamiento final debería de considerarse en justicia tan sólo como hipotético. Las razones que se pueden argüir para semejante prudencia se originan en que para su deducción intervienen criterios difíciles de comprobar sin estudios geológicos precisos y que tienen su origen en una manera de entender la cavidad muy distinta a lo que vemos hoy en día. Efectivamente, para que el programa decorativo "funcione" teóricamente, se han de dar unas condiciones internas a nivel de recorrido y de configuración de las galerías que no existen en la actualidad y que a continuación pasamos a exponer.

Como ya se ha indicado en el capítulo anterior de esta monografía, la conexión entre la galería de los tectiformes y la de los discos no es actualmente de sencilla realización. La altura de la galería de tectiformes es en alguno de sus puntos muy pequeña, lo que impide una progresión cómoda por esa zona. Toda ella dispone de un piso configurado por sedimento arcilloso, lo que unido a que es el área más baja de nivel de toda la cueva nos indica que probablemente ha ido sufriendo un proceso de relleno por sedimentación y, lógicamente, ha incrementado la altura de su pavimento. La actual

¹⁵⁶ No contamos con evidencias concluyentes para afirmar con seguridad la existencia de este programa decorativo. A pesar de ello estimamos oportuno su planteamiento y desarrollo explicativo aunque sus conclusiones han de tomarse como hipotéticas.

presencia de gourgs en el sector B y la antigua existencia del pequeño lago del sector D nos apuntarían en esa dirección.

De ser cierta la suposición anterior¹⁵⁷ debe de haber existido un momento en que el paso entre ambas galerías fuera mucho más sencillo y cómodo de lo que es en la actualidad; en definitiva, un período en que la galería de los tectiformes sería más alta de lo que se observa hoy en día. A ese momento atribuimos la creación del hipotético programa decorativo del P. XXVIII. Éste se definiría con un panel principal o base, el ya citado P. XXVIII (activo), que estaría constituido por los "discos", una figura indeterminada y un aspa. Recordemos, asimismo, que es un soporte muy grande, con unos 15 metros de largo.

A diferencia de otros programas decorativos no dispone de paneles de acceso, y la mayoría de sus soportes, por no decir su práctica totalidad, son de recorrido: manos negativas y puntuaciones del P. II y del P. III (activos); mano del P. IV (activo); manos del P. XIII (activo); manos del P. V (parte activa del panel); mano del P. VIII (no determinable) y del panel XXV (no determinable). El programa finalizaría con el P. XXX (mano negativa y signo romboide -activo-) y con un panel de cierre que se identificaría en las puntuación del soporte XXXII (activo). No pertenecerían a este programa decorativo, si bien se aprovechan del mismo, el resto de figuras del sector D (P. XXVII, XXIX y XXXI).

¹⁵⁷ Repetimos que harían falta estudios más específicos.

Se deduce con claridad que un programa de este tipo es de difícil asunción. En primer lugar por la falta de evidencias concluyentes¹⁵⁸ de relación entre el panel principal (XXVIII) y los soportes que detentan manos negativas; y en segundo lugar porqué no es posible saber si todas las manos negativas son del mismo momento o período. No obstante, un elemento totalmente objetivable es la sucesión y concentración de manos negativas y puntuaciones en un recorrido topográficamente muy preciso (desde el sector A, pasando por el B, para finalizar en el D), a pesar de que disponemos de algunas manos negativas y puntuaciones en paneles ajenos a esta organización (P. XIV, XV y XLVIII).

Todo ello nos lleva a plantear la posibilidad de que en un sentido estricto no podamos aseverar la existencia real de un programa decorativo. De hecho, lo único que se puede afirmar con seguridad es lo que señalábamos en el párrafo anterior: la presencia de una organización espacial de la cavidad en base a las representaciones de las manos negativas y puntuaciones que se concretan en unas partes y recorridos concretos de la cavidad. Reafirmaría tal planteamiento, la ausencia de paneles de acceso ya que todos ellos se identificarían como soporte de recorrido.

¹⁵⁸ A diferencia de lo que ocurre con buena parte de las figuras de otras cavidades, no disponemos de programas decorativos paralelos que permitan contrastar su existencia.

Programa decorativo del panel XXII¹⁵⁹.

Este vendría determinado por un panel principal o base el P. XXII (activo), en el que se hallarían bóvidos, cierva y caballo. Sus paneles de acceso directo serían el P. XIX (bóvido pintado y cáprido grabado -activo-) y el P. XXXVIII (dos bisontes negros -activo-). Sería posible incluir en este grupo el P. XVIII (activo) aunque participe también de otro programa decorativo. Por su parte los soportes P. XX y P. XXI podrían ser enmarcables en el tipo de paneles de recorrido o paso, aunque a tenor de su incidencia espacial es una atribución dudosa.

Es difícil identificar más paneles relacionados directamente con este programa decorativo. Cabría la posibilidad de que el P. XXXIX estuviera en esa línea pero no hay actualmente evidencias topográficas claras para asegurarlo.

A diferencia de los otros programas de la cavidad parece presentar una mayor unidad temporal en la realización de sus figuras.

¹⁵⁹ Como ya venimos indicando a lo largo de los distintos capítulos de esta monografía, el sector C es uno de los más modificados de la cueva. Dado que buena parte del razonamiento que subyace en el concepto de programa decorativo se basa en la configuración espacial de la zona ocupada por los distintos paneles, los cambios en el entorno espacial de una zona o área pueden hacer variar totalmente la percepción actual del citado programa.

Programa decorativo del P. XLII

Se centra en un panel de signos con un caballo muy perdido que ha sido categorizado como no activo (P. XLII). Este dispone de dos zonas de acceso muy claras, desde el propio sector C con el panel XVIII -en la sala- (bisontes, cáprido -activo-) y desde el sector A a través del P. XLV (cáprido, bóvido -no activo-). El resto de paneles que comprende la zona definida por los soportes anteriores son difíciles de relacionar con el programa decorativo. Por una parte por tratarse de grabados (P. XVII -no determinable-; P. XLIII y XLIV -no activos-; XL -no determinable-), por otra por la poca definición iconográfica de las figuras pintadas (P. XLI).

En cuanto a los paneles grabados creemos que puede establecerse una relación espacial entre P. XLIII y XLIV (con ciervas y ciervos) y el soporte central. Esta relación podría ser enmarcada en el tipo de paneles recorrido, puesto que no hemos de olvidar que dichos soportes flanquean la rampa que conduce desde el sector A al C. Más complejo de determinar es el papel XVII que sólo muestra correspondencia con el P. XVIII sin que podamos hallar otro tipo de relación espacial. Característica esta última que también citaríamos para el panel XL.

Por su parte el P. XLI muestra sus figuras bastante perdidas por lo que se hace problemática la adjudicación de un papel determinado en el programa decorativo. No obstante, su localización topográfica en relación al panel central así como

el tipo de imágenes que soporta nos llevaría a enmarcarlo en el modelo de panel de acceso.

Entendido así el programa decorativo del P. XLII quedaría de la siguiente manera:

- Signos y caballo(?) en el panel base (P. XLII)
- Bisontes y cápridos (P. XVIII y XLI), y cáprido y bóvido (P. XLV) como paneles de acceso.
- Ciervas y ciervos grabados (P. XLIII y P. XLIV) como paneles de recorrido o paso.

Es un programa decorativo resultado de distintos procesos de adición de figuras a lo largo de un período relativamente extenso de tiempo.

Otros modelos de organización espacial.

Junto a los programas decorativos anteriores, la cueva del Castillo dispone de un nutrido grupo de paneles de tipo que hemos denominado como marginales. Uno de los aspectos más destacados de los mismos es que algunos son susceptibles de mostrar lo que calificaríamos de programas decorativos de segundo orden o *más pequeños*, es decir, muestra unidades de más de una figura en las que detecta una cierta jerarquización de

las imágenes. Esta jerarquización sólo es asumible entendiendo la realización de las representaciones con base a un programa decorativo propio y determinado, definido por el bestiario que sustentan y la relación espacial interna de sus figuras. Dichos *pequeños programas* no tienen una relación directa con el resto o parte de los otros paneles de la cueva. Corresponderían a este tipo los soportes siguientes: XXXV, XXXVI, XXXVII, XLVIII y LII.

El panel XXXV que ha sido considerado no activo y se localiza en uno de los entrantes de la parte noroccidental del sector C. Dispone de puntuaciones negras en el área activa-acceso del panel con figura de cáprido e indeterminada en su interior.

El panel XXXVI muestra un cáprido y un signo ambos en zonas no activas y la formación retocada del techo, claramente activa y representando un bisonte.

El panel XXXVII con un caballo y cuatro cápridos; no dispone de una organización interna susceptible de ser deducida.

El panel XLVIII (no determinable), muestra un programa mucho más definido que sus colegas anteriores, aunque es resultado de un claro proceso de adición: 2 bóvidos, 1 caballo, 1 signo tectiforme, 1 mano negativa y puntuaciones. Las figuras más visibles -más activas- son bóvidos, la mano

negativa y las puntuaciones. El caballo y el signo serían las figuras menos activas del panel.

El panel LII (activo) dispone de 2 bóvidos y 1 cáprido. No es susceptible de deducirse una organización interna determinada a no ser que se le relacione con su emplazamiento (al final del divertículo de la gran sala) o con los paneles próximos con los que funcionaría como panel de acceso o flanqueo.

Otro de los aspectos que caracteriza los paneles marginales es la posibilidad de que algunos de ellos sirvan como complemento a los programas decorativos mayores, desempeñando una función poco definida aunque enmarcable en modelos de flanqueo o acceso, cierre y recorrido o paso. Estas atribuciones tienen sentido asumiendo que se trata de "retosques" a los programas decorativos -adición de una sola figura, no de un panel complejo-, y que pueden tener un desarrollo temporal muy problemático de acotar y distinto del que lleva a crear los paneles base o principales. Su presencia también parece estar relacionada con la identificación -en función o no de un trayecto- de las "zonas" de la cueva que detentan los programas decorativos o bien que tienen una entidad espacial determinada.

Al tipo flanqueo y recorrido corresponderían: P. XIV (puntuaciones), XV (mano negativa), XXIII (bóvido), XXVI (bóvido) y XXIX (bisonte). Se trata de paneles activos, con excep-

ción del P. XIV que ha sido calificado como no determinable.

Los dos primeros soportes (P. XIV y XV) responderían al modelo de panel de recorrido, siendo una de sus funciones la de mostrar el paso hacia la sala del sector C.

El panel XXIII por su parte, es de difícil delimitación ya que está situado en una zona profundamente transformada, bien podría estar directamente relacionado con el programa decorativo del P. XXII como panel de acceso, bien podría ser tan sólo un soporte de recorrido hacia el interior de la cueva. Estimamos más probable la primera opción.

El panel XXVI mostraría el acceso a la galería de los tectiformes bien desde la galería de los discos, bien desde el paso que viene del sector C.

Finalmente el P. XXIX que detenta el único bisonte de la galería de los discos, flanquea al panel principal P. XXIX.

Tan sólo hemos identificado un claro panel de lo que podríamos considerar como cierre, el P. XXXI, que soporta la conocida figura del "pequeño" mamut. Esta calificación obedece a su categoría de activo y a que es la última imagen figurativa pintada de la galería de los discos.

Otro grupo dentro de los paneles marginales son

aquellos que con total independencia de los programas decorativos reafirman la entidad espacial de alguna formación de la cueva. En el caso de Castillo identificamos dos ejemplos de este tipo, ambos con signos y no activos: el P. XXVII y el P. LX.

Finalmente hallaríamos los paneles carentes o de imposible delimitación espacial, es decir, aquéllos en que no se observa una función clara en relación a los programas decorativos, al recorrido por la cavidad o en base a la presencia de configuraciones rocosas que tengan una entidad física demasiado precisa. A este grupo pertenecerían P. I, XXIV, XXXIII, XXXIV, XLVI, XLVII, XLIX, L, LI, LIII, LIV, LV, LVI, LVII, LVIII, LIX. Se trata de un grupo configurado mayoritariamente por paneles que detentan grabados, de ordinario cérvidos (ciervas y ciervos, en orden a su número), cápridos, bóvidos y caballos. Es muy escasa la representación de signos y de bisontes.

PROGRAMA DECORATIVO Y TEMPORALIZACIÓN.

Con independencia de cual fue su entrada al interior de la caverna en los distintos períodos del paleolítico cantábrico, lo cierto es que la cueva del Castillo muestra una estratigrafía en su yacimiento que debería de ser en sí misma un valor muy importante de cara a determinar la frecuentación humana que no decorativa de la cavidad. Así, a tenor de lo que

refleja el citado yacimiento podríamos estar en condiciones de afirmar que la cueva fue visitada con una cierta asiduidad como mínimo, desde el paleolítico medio, tal como parecen reflejar los niveles musterienses.

Mucho más compleja de determinar es la frecuentación decorativa a la caverna, es decir, aquellas incursiones al interior de la cavidad con el objeto de decorar sus paredes con manifestaciones artísticas. En relación a ello creemos necesario elaborar una serie de consideraciones generales que permitan una aproximación lo más objetiva posible a este fenómeno.

La primera de estas consideraciones se relaciona con el origen o motivación última que puede llevar a decorar en tiempos paleolíticos una cavidad y de forma consecuente, a la manera en que esta decoración puede ser realizada; aspecto este último que será objeto de una primera reflexión. Actualmente desconocemos cual pudo ser la razón última -si es que sólo hay una- que impulsó a los hombres o mujeres paleolíticos a realizar imágenes rupestres en el interior de las grutas. Lo que si podemos aventurarnos a asegurar es que, en términos generales y al menos en relación a Castillo, no se trata de una actuación que tenga una periodicidad fija, es decir, la cueva no es decorada con regularidad o cada X tiempo de forma sistemática, sino que es decorada con conjuntos de figuras y en fases más o menos separadas por períodos temporales.

Este aspecto se deduce del número de figuras que aparecen en la cueva y de la propia presencia de los programas decorativos. En consecuencia, si el acto de decorar se centrara en la ejecución de una o algunas figuras, es decir, algún tipo de ritual temporalmente repetitivo¹⁶⁰, en la actualidad la cueva del Castillo debería de mostrar miles de figuras, al menos en base a la potencia que refleja el yacimiento: cosa que no sucede.

Un ejemplo de carácter hipotético permitirá una mejor comprensión de la idea anterior. Centrándonos tan sólo en los niveles Magdalenienses, si el hecho decorativo fuera resultado de una actitud repetitiva, caso de rituales para conseguir más caza, fertilidad, etc., y que este acto se realizara tan sólo una vez por año¹⁶¹ -por poner una cifra-, deberíamos de conservar actualmente alrededor de unas 5000 figuras. Aunque pueda parecer un ejemplo tendencioso, puesto que las variables que se han de tener en cuenta deben de ser más contrastadas, lo cierto es que refleja bastante bien la problemática apuntada más arriba y este es su único objetivo.

Volviendo a nuestro discurso, se puede plantear pues, que la decoración de la cueva no fue realizada de forma continuada sino en forma de fases tal como también reflejan los

¹⁶⁰ Como apuntan las teorías interpretativas relacionadas con la magia de caza.

¹⁶¹ No olvidemos que con las dudas que plantea la presencia del Magdaleniense medio, el yacimiento del Castillo presenta una estratigrafía Magdaleniense bastante completa.

programas decorativos analizados. Cabría plantearse a continuación si las citadas fases responden a períodos muy separados en el tiempo o bien son fruto de momentos determinados y concretos.

Una revisión a la iconografía de los distintos programas decorativos de la cueva nos indica una escasa variabilidad del tipo de figuras representadas, es decir, los grupos son bastante homogéneos temáticamente siendo más variable la realización técnica de las figuras que el modelo de imagen conseguida. Salvo el programa del P. XXVIII, determinado por los paneles de manos negativas, el resto de programas se basan en tres modelos de organización. El primero con la presencia de un panel principal de signos en color, con bisontes también en color como figuras de acceso. Las representaciones como los caballos, ciervas, ciervos, cápridos y bóvidos tienen un papel menor. Responderían a este tipo los programas decorativos de los paneles VI y XLII.

Un segundo modelo de organización estaría representado por el programa decorativo del P. II, donde se hallaría el dúo bisonte-caballo como figuras principales, con ciervo, cierva y signos con un papel menor.

El tercer y último grupo mostraría un panel central bóvidos, caballo, cierva, con accesos determinados por bisontes, bóvidos y cápridos.

En todos los casos se observa un valor poco significativo del caballo ya que no ha sido tratado, ni aun en los paneles centrales en que aparece, con la atención que reflejan otras figuras, caso especialmente de los signos y del bisonte, y en menor medida de los cápridos y bóvidos. El único programa en que el caballo muestra un papel importante es en el P. II., donde su tamaño corre parejo al del gran bisonte rojo. Una consideración aparte merecen las ciervas cuyo tratamiento en base a la calidad de la imagen parece concretarse exclusivamente en los grabados.

La poca variabilidad de los programas puede ser interpretado como consecuencia de una frecuentación decorativa importante pero concretada en momentos muy determinados y concretos, no dilatados en el tiempo. Con independencia de su cronología, tema que trataremos en el apartado de conclusiones de este trabajo, son susceptibles de identificar un mínimo de cinco grandes actuaciones decorativas en la cueva; tantas como programas decorativos hemos planteado. A estas cinco actuaciones deberíamos de añadir un numeroso grupo de llamémosle "visitas" decorativas, que en términos generales definirían el conjunto que hemos definido como paneles marginales.

La sucesión temporal es difícil de concretar desde un punto de vista no cronológico y ya hemos indicado que este aspecto será tratado en las conclusiones, no obstante, pueden deducirse un mínimo de entre tres o cuatro momentos decorativos distintos: el representado por el programa del P. XXVIII (manos

y discos), el representado por el programa del P. VI y del P. XLII (signos y bisontes), es verosímil incluir con reservas en este grupo el programa del P. XXII (bóvidos, cierva, caballo) aunque también podría representar un momento muy diferenciado "ligeramente anterior o cohetáneo". El último programa estaría representado por el P. II (bisonte-caballo) con la colaboración de las otras figuras rojas del panel.

A estos programas se le añaden sincrónicamente y en épocas posteriores figuras "sueltas" de complemento cuya datación será objeto, como toda la cueva, de un tratamiento más detallado en las conclusiones finales.

CUEVA DEL SALITRE

CUEVA DEL SALITRE

SITUACIÓN Y DESCRIPCIÓN DE LA CAVIDAD.

A la cueva del Salitre le cabe el relativo honor de ser una de las cavidades con arte parietal ubicadas a mayor altitud (unos 475 m.) de toda la cornisa cantábrica.

La caverna se localiza en la vertiente oriental del valle alto del río Miera, a unos 300 metros del barrio de Ajanedo, conjunto de caseríos pertenecientes al municipio de Miera, próximos a la carretera de Solares a Espinosa (Km. 13) (Fig. 1-SA). Se halla enclavada en un farallón rocoso calizo que se desarrolla a unos 80 metros de altura del lecho del río (Iám. 1-SA) y en el que junto a la del Salitre, se localizan otras dos cavidades carentes de decoración parietal: la cueva del Sapo y de La Puntida.

Su situación en el mapa 1:50.000 del Instituto Geográfico Catastral, hoja 59 de Villacarriedo, es en coordenadas geográficas, Longitud: 0°, 01', 20'', 0; Latitud: 43°, 15', 40''¹⁶²; y su altura sobre el nivel del mar es de 475 metros. Por su parte la localización en coordenadas UTM es de Longitud: 442550 y Latitud: 4790250.

No existe en un sentido estricto ningún sendero o

¹⁶² En base al meridiano de Madrid.

vereda que lleve directamente a la cueva¹⁶³. Esta ausencia, unido a la imposibilidad de ver la boca desde la carretera, hace que su localización, aun no siendo difícil, si sea algo compleja. Hay que añadir, asimismo, la significativa altura a la que se encuentra la gruta, así como el desnivel del terreno (Lám. 2a-SA), factores éstos que obligan a invertir algunos minutos en la ascensión por la montaña.

Llegados a la boca (Lám. 2b-SA) y tras penetrar en el interior de la cavidad, se nos presenta una galería única que dispone de un recorrido aproximado de 150 metros y un desnivel próximo a un metro (Fig. 2-SA). La progresión por el interior de la cueva no presenta mayor obstáculo, sin embargo, a unos 20 metros de la entrada se localiza un pequeño caos de bloques que hay que superar por la derecha, ya que no ocupan toda la anchura de la galería; que en esta parte de la cavidad es de unos 13 metros. A partir de este punto la cueva evoluciona mediante un amplio meandro, reduciendo de manera gradual su anchura y también su altura (véanse las secciones de la figura 2-SA). Antes de su final y en la pared derecha, se desarrollan un par de divertículos de cierto tamaño, que no disponen de decoración parietal y que contrastan con la relativa uniformidad del resto de paredes de la galería.

Finalmente, y a unos 150 metros, la cavidad se cierra

¹⁶³ Tenemos conocimiento de la existencia de un sendero abierto con motivo de las excavaciones de 1979, no obstante, en las fechas en que realizamos nuestras visitas a la cueva (Agosto de 1986), dicho sendero había prácticamente desaparecido.

totalmente, imposibilitando la progresión y configurando, en consecuencia, el fin de la galería (Lám. 3a-SA). Hay que indicar, no obstante, la presencia de una pequeña chimenea por la que aquélla podría continuar.

Una de las características más significativas de la cueva es la existencia de distintas excavaciones de época indeterminada¹⁶⁶ realizadas según las fuentes, a efectos de extraer tierras arenosas (Alcalde del Río, Breuil, Sierra 1911: 24), aunque lo más probable es que dichas extracciones sean consecuencia de la búsqueda del salitre, de ahí, suponemos, el nombre de la cavidad. En algunas zonas de la cueva las citadas excavaciones han llegado a rebajar en más de 2 metros el nivel del suelo de la galería (Lám. 6a-SA).

HISTORIA Y DESCUBRIMIENTO.

Como hemos indicado en el apartado anterior, el conocimiento de la Cueva del Salitre ha de ser antiguo, tal como lo prueban las extracciones del interior de la cavidad. Sin embargo, se atribuye tradicionalmente su descubrimiento para la prehistoria al padre Lorenzo Sierra quien, el 21 de julio de 1903, entró por primera vez en la cavidad (Sierra 1909: 109 y Alcalde del Río, Breuil, Sierra 1911: 23).

¹⁶⁶ Ya que cuando fueron descubiertas las pinturas de la cueva estas extracciones eran presentes, hemos de suponer que son anteriores como mínimo al año 1903, fecha indicada como la del descubrimiento de las manifestaciones parietales (Alcalde del Río, Breuil, Sierra 1911: 23).

El propio padre Sierra descubrió el yacimiento arqueológico, del que hablaremos más adelante, y posteriormente, en 1906, las primeras figuras de la cueva: una posible cuerna de ciervo y una probable cabeza de bóvido. A estas figuras se añadieron después las descubiertas por Alcalde del Río, que consistían en una cabeza de cierva, parecida a las de Cevalanas y otra cierva casi completa de cuerpo muy alargado. El estudio completo de la gruta fue realizado, pues, exclusivamente por los dos autores citados, siendo publicado el año 1911 en la conocida obra "Les Cavernes de la Région Cantabrique" (Alcalde del Río, Breuil, Sierra 1911: 23-26). Consideramos significativa esta apreciación tanto más cuando el propio Breuil años más tarde, puntualizaba que él no había visitado nunca la cavidad (Breuil 1952: 348)¹⁶⁵.

Probablemente debido a su localización y a la poca cantidad y calidad de las figuras que reflejaba el estudio de 1911, la cueva, aunque de ordinario aparece en la mayoría de inventarios sobre arte parietal, no fue de nuevo estudiada hasta época reciente. Especial atención merecen en este sentido los trabajos de Pilar Casado (Casado López 1977: 54-55) y de forma singular, la revisión y reinterpretación de las imágenes llevada a cabo en 1979 por Victoria Cabrera y Federico Bernaldo de Quirós (Bernaldo de Quirós, Cabrera 1980: 141-155). En dicha revisión y a través del empleo de película infrarroja en las reproducciones fotográficas, se conseguía la visualización de

¹⁶⁵ Breuil especifica en la última línea del apartado dedicado a Salitre, en el *Quatre cents siècles d'art pariétal*, que "Je n'ai pu visiter cette grotte". (Breuil 1952: 347).

algunas imágenes que habían pasado desapercibidas en su momento, al tiempo que se procedía a una nueva lectura de las figuras parietales. El resultado obtenido, junto a un inventario reciente de las imágenes de la cueva, puso de manifiesto la existencia de un panel de "macarrones", descubierto anteriormente por González Echegaray (González Echegaray 1978: 55), así como otros aspectos relacionados con el acabado de las figuras, a través de los cuales se deducían otras asignaciones faunísticas distintas de las elaboradas por sus descubridores. Especial interés merece la reinterpretación de la cierva alargada del final de la galería (Lám. 4a-SA) la cual, a través de la imagen infrarroja, se reveló como dos figuras distintas de bóvido y caballo, lectura que contrastaremos más adelante.

DISTRIBUCIÓN TOPOGRÁFICA DE LA DECORACIÓN PARIETAL Y DESCRIPCIÓN DE LOS SOPORTES Y REPRESENTACIONES.

Tal como se ha realizado en otras cavidades de este trabajo, ha sido necesario plantear un itinerario o recorrido por el interior de la cueva a efectos de la descripción de los soportes parietales y de sus figuras o imágenes. En este caso hemos empezado por la pared derecha (la más meridional) para proseguir en un primer trayecto, hasta el final de la galería. Desde este punto y en dirección a la boca, se ha seguido un segundo recorrido por la pared izquierda (la más septentrional) hasta encontrar de nuevo la entrada.

Panel I.- Se localiza a unos 40 metros de la entrada, en una cornisa rocosa de la pared derecha de la galería. Su visualización no presenta ningún tipo de dificultad, aunque lo escaso de sus representaciones, unas manchas y lo que puede interpretarse como trazos o borrones de color negro, puede complicar su localización.

Como se ha indicado el panel soporta unas muestras de color que actualmente no definen ningún elemento figurativo. Algunos de estos trazos de color han hecho, no obstante, sospechar que pudiera tratarse de una figura muy perdida (Bernaldo de Quirós, Cabrera 1980: 142), aunque no hay ningún tipo de evidencia formal para poderlo confirmar. En consecuencia su adscripción paleolítica no tan sólo es dudosa, sino que a nuestro entender parece poco probable. En primer lugar, los citados trazos de color se hallan dispuestos en un tipo de superficie rocosa, poco apta para la ubicación de manifestaciones rupestres. Así, dispone de una faz muy rugosa, totalmente distinta de las que se observan en otros paneles tanto de ésta como de otras cavidades con decoración parietal. Obviamente, y desde un punto de vista de "praxis" pictórica, es mucho más compleja la realización de cualquier figura en un soporte rugoso que en uno que no lo sea. En buena lógica, y en atención asimismo de la ausencia de figuración no encontramos evidencias concluyentes sobre una datación paleolítica para las manchas y trazos de este panel.

La valoración del tipo de superficie de un panel como

un elemento clave a la hora de ubicar manifestaciones parietales de época paleolítica no creemos que sea anecdótico, puesto que como se verá a lo largo de este trabajo y especialmente en sus apartados finales, la selección de los soportes rocosos en los que situar las manifestaciones parietales se nos presenta como un hecho evidente y personal del programa decorativo del llamado arte cuaternario (González García 1985 y 1987).

La segunda de nuestras argumentaciones en contra de una cronología paleolítica para los trazos y borrones del panel I se basa en la propia forma de las muestras de color, las cuales recuerdan más los tizonazos dados con alguna tea que propiamente los restos de una figura muy perdida, aunque hay que reconocer que en este caso, se trata de una impresión personal y subjetiva.

Panel II.- Para localizar el siguiente soporte hemos de recorrer unos 75 metros en dirección al interior de la cueva. Antes de llegar al final de la misma (Lám. 3a-SA) y casi en la frontal de los camarines que hemos citado anteriormente, la pared izquierda de la galería muestra una serie de pequeños recodos que acrecientan su forma cóncava cuanto más próximos al suelo se hallan (Lám. 3b-SA). En la zona inferior del más central de ellos se identifican las figuras en negro del panel II. La visualización del panel puede resultar algo compleja, no tanto debido a una extraña disposición topográfica, sino por la escasa distancia que media entre el actual suelo y las

figuras, ya que éstas se encuentran tan sólo a unos 50 cm. de altura. A ello hay que añadir lo perdido de las imágenes, lo que puede complicar aún más su localización así como -y esto será analizado a continuación- su identificación y asignación faunística.

El panel soporta, a pesar de su mal estado de conservación, un mínimo de dos representaciones aislables formalmente, observándose asimismo algunos trazos de color que por su disposición podrían tratarse de los restos de otra imagen (Lám. 4a-SA).

Las figuras se hallan muy perdidas lo que ha condicionado desde su descubrimiento tanto la identificación de su número como su asignación faunística. Así, las primeras referencias nos hablan tan sólo de una representación de cierva realizada en negro de cuerpo extremadamente alargado (Alcalde del Río, Breuil, Sierra 1911: 26) (Lám. 4b-SA). Posteriormente, y a través del empleo de la fotografía infrarroja (Bernaldo de Quirós, Cabrera 1980: 142-145), lo que en principio fue considerado como una sola imagen, pasó a interpretarse como dos representaciones distintas de un bóvido y de un caballo.

De izquierda a derecha del panel se identifica en primer lugar, lo que puede interpretarse como un trazo negro y difuminado muy perdido de unos 10 cm., el cual dispone de una forma un tanto curvada. Es absolutamente imposible discernir si se trata en realidad de los restos de una figura o bien de

un pequeño trazo aislado, aunque su presencia no admite dudas. De su mal estado de conservación es buena muestra el hecho de que no sea prácticamente visible en la fotografía del panel que adjuntamos. Hay que tener presente asimismo, la coloración de la roca que configura el panel, que en algunas zonas presenta tonalidades negruzcas que pueden complicar, aun más si cabe, la observación e identificación de las imágenes.

A la derecha del trazo se localiza la siguiente figura del panel. Se trata del motivo más claro del soporte aunque su identificación puede ser problemática debido especialmente a lo perdido de su parte inferior y posterior. La imagen realizada en negro de unos 15 cm. de largo, se presenta, pues, incompleta, siendo plausible una identificación como cierva. Son distinguibles la cabeza y las orejas del animal, la línea dorsal y el inicio del anca trasera, así como parte del pecho; carece de extremidades inferiores visibles. Su interpretación como cierva, aun siendo algo dudosa, nos parece más pertinente que la de bóvido (Bernaldo de Quirós, Cabrera 1980: 142-145). Para ello nos basamos específicamente en la forma y disposición de lo que nosotros hemos interpretado como las orejas del animal, las cuales presentan la típica forma angular que se observa también en las ciervas de otras cavidades de la cornisa cantábrica. En la interpretación como bóvido, las citadas orejas son identificadas como la cornamenta del animal, asignación que en atención a su particular forma, creemos que carece de paralelos significativos dentro del arte parietal; aspecto este último que reafirmaría asimismo la

posible lectura como cierva. Por otra parte no creemos que la masividad de la figura sea en este caso un factor determinante a la hora de su enmarque faunístico.

La siguiente figura del panel presenta también una identificación compleja. Se localiza y desarrolla sobre parte de la línea dorsal de la cierva, prolongándose por la parte posterior de la misma hasta configurar mediante un tren trasero -el motivo más visible de la figura- la imagen de un cuadrúpedo. Su pequeño tamaño, unos 12 cm. de largo, unido a lo perdido de su pintura negra imposibilita una asignación faunística más precisa, por lo que a efectos de nuestro inventario será considerada como una figura indeterminada. Algunos autores han propuesto que pudiera tratarse de un caballo caracterizado por un largo cuello en cuyo extremo se localizaría la cabeza, y que se desarrollaría sobre la parte posterior de la cierva¹⁶⁶ (Bernaldo de Quirós, Cabrera 1980: 142). No creemos que existan evidencias tan claras en la imagen que vemos hoy en día como para poder determinar su pertenencia a un grupo zoológico concreto, tanto más, cuando las únicas partes claramente identificables sólo muestran parte de la línea dorsal, un tren trasero y la zona inguinal, así como la línea ventral. También pueden verse el trazo del cuello (?) y lo que sería susceptible de ser interpretado -con prudencia- como una cabeza.

¹⁶⁶ Recordemos que para los citados autores la cierva se trata en realidad de un bóvido.

Panel III.- Se localiza a unos 60 metros del soporte anterior, siguiendo la pared derecha en dirección a la salida de la cavidad. En la actualidad los grabados digitales que soporta son fácilmente visibles, si bien esto es debido a que poco después de su descubrimiento¹⁶⁷ parte de la concreción que los enmarcaba fue extraída ya que ocultaba parcialmente los grabados (Bernaldo de Quirós, Cabrera 1980: 145)¹⁶⁸.

El panel dispone de una superficie cubierta totalmente de calcita blanca cuya configuración física permite una cierta maleabilidad, lo que debe ser el origen de la presencia de los grabados. Estos tienen un claro origen digital y se hallan realizados mediante trazos múltiples que en algún caso y mediante la conjunción de meandros distintos, pueden llegar a simular una forma oval. Hay que tener presente, sin embargo, que dicha forma se origina en una apreciación visual y es por lo tanto carente de una concreción gráfica incuestionable (Lám. 5-SA).

En una pequeña grieta que se configuraba gracias a la concreción que fue extraída aparecieron, junto a varios fragmentos óseos de animales¹⁶⁹, restos de ocre y como elemento

¹⁶⁷ Los grabados digitales "macarroni" de este panel son citados por primera vez por González Echegaray (González Echegaray 1978: 56), a quien debemos atribuir su descubrimiento.

¹⁶⁸ "Con el fin de estudiar los trazos digitales tuvimos que extraer una porción de aquélla (se refieren a la concreción rocosa) que estaba suelta, ya que ocultaba parcialmente los "macarroni". El paréntesis es nuestro. (Bernaldo de Quirós & Cabrera 1980: 145).

¹⁶⁹ Entre otras piezas indeterminadas aparecieron, varias mandíbulas de cáprido, una mandíbula completa de suido y algunos dientes sueltos.

más significativo una calota humana, probablemente de un individuo joven -sobre unos seis años- (Bernaldo de Quirós, Cabrera 1980: 145-148).

Finalmente conviene señalar que el panel dispone de una superficie definible de manera general como plana, aunque de hecho está aprovechando la forma cóncava de esta zona de la pared.

Panel IV.- Para encontrar el siguiente soporte hemos de seguir en dirección a la salida una distancia aproximada de unos 20 metros a contar desde el panel anterior. En esta zona de la cueva, la pared septentrional dispone de una configuración rocosa en la que se destacan unas pequeñas oquedades y en cuyas proximidades se han ubicado las distintas manifestaciones artísticas de esta parte de la cavidad (Lám. 6a-SA). Su observación no es difícil, si bien el mal estado de conservación de la totalidad de las pinturas de esta área puede complicar su identificación así como la definición de su acabado.

El establecimiento de representaciones figurativas próximas o en el interior de alguna formación rocosa de morfología significativa -tal como se observa en esta zona de la cueva del Salitre- no es un caso aislado en la plástica paleolítica. Frecuentemente este hecho ha sido constatado por buena parte de la historiografía dedicada al tema, aunque de ordinario, dicho fenómeno, ha sido tratado como un aspecto marginal

o cuando menos curioso, sin otorgarle mayor relevancia.

En el caso que nos ocupa, el panel decorado se sitúa a escasa distancia de un pequeño divertículo, cuyas reducidas dimensiones no permiten su reflejo en la topografía general de la cavidad, lo que probablemente es el origen de su falta de consideración en las monografías o referencias que han aparecido sobre la cavidad (Lám. 6b-SA). En cuanto a las figuras representadas sólo es detectable la presencia de una cierva, actualmente incompleta, pintada en rojo mediante un amplio trazo de color (Lám. 7a-SA).

Si bien existe una significativa relación formal con otras ciervas del área cantábrica, caso por ejemplo de las ciervas de Covalanas, no creemos que la técnica empleada en su realización sea la misma, tal como se apunta en "Les Cavernes de la Région Cantabrique" (Alcalde del Río, Breuil, Sierra 1911: 26), aunque el mal estado de la figura no permite demasiadas apreciaciones.

La zonas conservadas del animal, que mide aproximadamente 1 metro de largo, permiten distinguir parte de la cabeza con las dos orejas, algunos trazos inconexos en la zona del cuello y en la línea dorsal, así como la línea ventral, el arranque de la pata anterior y la totalidad del pecho de la cierva. Es probable que en un origen la imagen estuviera completa, aunque debido a su actual estado esto es difícil de precisar, por lo que a efectos de nuestro inventario será

considerada como una representación incompleta. Insistiendo sobre ello, es interesante constatar que los descubridores de las figuras de la cueva consideraron que únicamente era visible el cuello y la cabeza de la cierva (Alcalde del Río, Breuil, Sierra, 1911: 26), incorrección debida probablemente al mal estado de conservación del resto de la figura (Lám. 7b-SA).

La superficie del panel no presenta ningún aspecto destacable enmarcándose en el tipo que hemos definido como plano.

Panel V.- En la misma pared y a escasa distancia del anterior soporte se localiza la siguiente manifestación parietal sometida a estudio (Lám. 6a-SA). Al igual que su homólogo anterior, el panel flanquea el paso a una pequeña oquedad que se origina en un pequeño resalte de la roca y que se convierte en el elemento físico más significativo de esta parte de la pared (Lám. 8a-SA). Debido a la localización y al hecho de que la manifestación que soporta está realizada en color rojizo, la visualización del panel no ofrece actualmente ninguna dificultad. Hay que tener presente, no obstante, que la figura pintada se encuentra bastante perdida, lo que imposibilita una interpretación precisa. En este sentido conviene señalar que desconocemos el motivo de la omisión de esta figura en el estudio de 1911, ya que a pesar de su mal estado su volumen es considerable y en consecuencia fácilmente observable.

Como se ha indicado, el panel soporta una figura en rojo de cierto tamaño -unos 30 cm. de largo-, que da la impresión de haber sido realizada en tinta plana de tonalidad rojiza y que se orienta en dirección al interior de la cavidad (Lám. 8b-SA). Cabe señalar, sin embargo, que la imagen se muestra muy deteriorada, por lo que tampoco sería extraño que la supuesta tinta plana sea en realidad el resultado del corrimiento de la pigmentación tanto por causas naturales como antrópicas. De manera similar, tampoco es posible identificar la figura, ya que sólo es observable el volumen del cuerpo y lo que podría interpretarse como la parte posterior del animal. Carece actualmente de cabeza u otro atributo que permita su enmarque faunístico, por lo que mantendremos la categoría de animal indeterminado en nuestro inventario final.

En el trabajo de Bernaldo de Quirós y Cabrera (1980: 151) se interpreta como un posible cáprido o bien una representación naturalista acéfala. Para el primer caso se aduce la posible existencia de un cuerno en la parte anterior del animal, el cual se visiona de forma relativamente clara en el material fotográfico que aporta su monografía. Una observación detallada de la parte delantera del animal (Lám. 8b-SA) permite, ciertamente, detectar algo similar a una cornamenta muy difuminada. Sin embargo su coloración es totalmente distinta de la que se aprecia en el resto de la imagen, por lo que cabría considerar dicha cornamenta como dudosa. Asimismo, su localización respecto del resto de la figura no se corresponde al emplazamiento natural de la cabeza de un cáprido; si

nos atenemos al tamaño de la representación. En consecuencia y a tenor de lo expuesto hasta ahora, puede notarse que se trata de una manifestación parietal de difícil identificación, tanto más cuando su técnica de realización (la citada tinta plana) es totalmente distinta de la empleada en las otras imágenes que aparecen en sus proximidades. Hay que tener presente también, que se trata de una de las figuras más afectada por la acción antrópica de toda la cavidad, por lo que su atribución paleolítica puede ser, cuando menos, discutible. Existen no obstante, algunos aspectos que apuntan en esa última dirección como serían su localización topográfica, próxima a una oquedad natural y a otras manifestaciones de claro origen paleolítico, y su gran tamaño, impropio de las representaciones post-paleolíticas cantábricas. Por todo ello mantendremos, aunque con ciertas reservas, una cronología paleolítica.

En cuanto al tipo de superficie utilizada por la figura se enmarcaría en el tipo que hemos denominado como convexiforme.

Panel VI.- Se trata del último panel decorado de la cueva del Salitre, localizándose a la izquierda del soporte anterior (Lám. 6a-SA y 8a-SA) aunque separado de éste último en algo más de 1 metro. Su observación no presenta ningún tipo de dificultad aunque las dos figuras que soporta no son claramente identificables.

La consideración como un único panel en vez de dos, obedece a las características físicas de la zona de la pared en las que se encuentran las manifestaciones parietales, la cual se presenta como una única superficie, sin ningún elemento físico que la compartimente.

El panel soporta dos imágenes separadas entre sí por unos 80 cm. De derecha a izquierda se identifican en primer lugar una serie de trazos unidos en algunas zonas y realizados con una tonalidad rojiza (Lám. 9a-SA). Dichas líneas, la más larga de las cuales dispone de unos 44 cm., han sido objeto de distintas interpretaciones, la primera de ellas como una cabeza de animal (Lám. 9b-SA) probablemente de un toro (Alcalde del Río, Breuil, Sierra, 1911: 25 -26). Más recientemente (Bernaldo de Quirós, Cabrera 1980: 151-152), los citados trazos han sido identificados como una línea aislada y la parte superior de un cáprido, con la cornamenta y el lomo del animal. Vemos pues, la disparidad de opiniones que han merecido las líneas de esta supuesta figura, la cual, no es, a nuestro entender, identificable. Cabe la posibilidad de que sean los restos de algún tipo de animal, pero a tenor de lo conservado es imposible una asignación faunística precisa, por lo que a efectos de nuestro inventario será considerada como una representación indeterminada.

La segunda y última imagen del panel se ha interpretado tradicionalmente como una cornamenta de ciervo vista en posición frontal y realizada con una tonalidad rojiza (Alcalde

del Río, Breuil, Sierra 1911: 26 y Bernaldo de Quirós, Cabrera 1980: 153). La supuesta cornamenta se manifiesta en la actualidad muy perdida (Lám. 10a-SA) aunque son visibles dos grandes ramales, siendo el de la derecha el único que posee la ramificación típica de las defensas de los cérvidos (Lám 10b-SA).

A pesar de la semejanza formal con las cuernas de un ciervo, lo cierto es que la figura es muy somera en su realización lo que impide la citada asignación faunística sin las oportunas reservas. Existen varios aspectos formales que vendrían a contradecir tal identificación. En primer lugar la ausencia de ramificaciones en lo que sería el ramal izquierdo, y en segundo lugar los numerosos meandros de que disponen ambos ramales y que en el dibujo de "Les Cavernes (Lám. 10b-SA) no aparecen reflejados con exactitud. Hay que tener presente, no obstante, que los trazos se unen en su extremo inferior en un sólo punto, por lo que formalmente podría existir la citada semejanza con una cornamenta de ciervo. En consecuencia y a efectos de nuestro inventario consideraremos que se trata de la representación incompleta de un ciervo.

La superficie rocosa de panel, por su parte, muestra una superficie muy óptima para la decoración parietal, aunque obviamente y debido a su tamaño, ofrece una diversa morfología rocosa, lo que nos lleva a calificarlo como perteneciente al tipo poliforme.

ATRIBUCIÓN CRONOLÓGICA TRADICIONAL.

Uno de los aspectos más sorprendentes de la historiografía dedicada a la Cueva del Salitre es la total ausencia de referencias cronológicas directas sobre sus figuras parietales. La única apreciación indirecta de que disponemos es la citada por sus descubridores (Alcalde del Río, Breuil, Sierra, 1911: 26) en relación a la semejanza técnica de la cabeza de cierva roja del panel IV (recordemos que se trata en realidad de una figura más completa) con las ciervas de la cueva de Covalanas. Ya hemos señalado anteriormente que tal semejanza no parece tan evidente y nos remitimos al texto citado para no insistir más sobre ello. No obstante, la relación técnica entre ambas cavidades y otras del área cantábrica, caso de las cuevas de Arenaza, La Haza, o Pasiega A, aparece frecuentemente en los trabajos dedicados a las manifestaciones parietales de la zona (entre otros: González Morales, González Sainz, Moure Romanillo 1991: 80-81), lo que lleva incuestionablemente y siguiendo el análisis estilístico habitual a relacionar cronológicamente las cavidades nombradas. En consecuencia y a efectos de definir una atribución cronológica tradicional para las figuras de la cueva del Salitre, intentaremos una aproximación cronológica en base a los sistemas de Breuil (1952) y Leroi-Gourhan (1965).

La primera característica que se ha de tener presente es el mal estado de conservación de la práctica totalidad de las figuras de la cueva, lo que impide su buena observación y lógicamente su delimitación formal y rasgos iconográficos

propios. De igual manera la presencia de trazos aislados pero próximos a las dos zonas con mayor concentración parietal, es indicativo de la existencia probable en tiempos paleolíticos de un mayor número de figuras, hoy en día desaparecidas.

Si nos atenemos a los postulados cronológicos del "Abbé" Breuil las representaciones parietales de la cueva del Sautre deberían de enmarcarse en el ciclo Aurifaco-Perigordense, aunque a tenor de la tipología técnica de las figuras, serían observables diversas etapas o fases de decoración de la caverna. La más antigua vendría representada por los grabados digitales y meándricos del panel III y a continuación se situarían las figuras realizadas en diseño lineal negro del panel II. La última fase, probablemente perigordense, estaría representada por las figuras rojas de los soportes IV, V y VI; próximas para algunos, en cuanto a técnica y diseño, a las imágenes de otras cavidades, caso de Covalanas o La Haza; como ya hemos indicado anteriormente. Podrían existir variaciones puntuales en el caso de que consideráramos la tinta plana del animal indeterminado del panel V, aunque las líneas generales del ciclo Aurifaco-Perigordense se mantendrían.

Por su parte el método estilístico de Leroi-Gourhan permitiría un enmarque cronológico enclavado en el Estilo III, probablemente hacia el Magdaleniense antiguo. Para ello nos basamos en la adecuación de las dos figuras más identificables, la cierva del panel II y la del panel IV al tipo figurativo definitorio de ese estilo, aunque el estado de conservación de

las imágenes no permite una aproximación más segura. Sorprende en este sentido la correspondencia estilística de las dos figuras, ya que ambas están realizadas con una coloración distinta y en zonas de la cueva muy alejadas entre sí. Asimismo la presencia de más imágenes en el mismo panel (panel II) o en soportes próximos (caso del panel IV), parecería indicar la ausencia de relación entre ambos grupos de representaciones y en consecuencia podría ser indicativo de una distinta frecuentación de la cueva a efectos decorativos. Consecuentemente se invalidaría al menos en parte, la adscripción general para todas las manifestaciones de la cavidad a un mismo momento del estilo III, ya que existen variaciones de ubicación y técnica difíciles de explicar si no es mediante el argumento de diferentes momentos decorativos. Este tema será tratado mucho más ampliamente en el apartado de este trabajo que hemos dedicado a la definición de un programa decorativo para la plástica parietal paleolítica.

ESTADO DE CONSERVACIÓN.

Como ya hemos señalado en distintas partes de esta monografía, la cueva del Salitre era ya conocida por las gentes de la zona mucho antes de su inclusión y descubrimiento para el mundo de la ciencia prehistórica en 1903. Prueba de ello son las extracciones que aún hoy en día son visibles en el interior de la cavidad (Lám. 6a-SA) y que ya son citadas en la monografía de 1911. Esta actividad humana y las incontrolables visitas

realizadas desde su descubrimiento hasta la actualidad son, en gran medida, las responsables del mal estado que presentan las representaciones parietales conservadas. Ello es debido a que la cueva carece de puerta u otro elemento de protección o control para las visitas, lo que unido a su fácil acceso comporta que pueda ser frecuentada por cualquiera y en todo momento. Hay que añadir asimismo que se trata de una cavidad decorada que aparece en muchas de las informaciones turísticas de Cantabria, valga como ejemplo su presencia en un mapa de carreteras de la zona, por lo que su localización y visita no supone ningún obstáculo.

Esta acción antrópica se detecta en la totalidad de las imágenes pintadas como también en la misma cavidad. Así, mientras las figuras parietales presentan raspados, borrones y decoloraciones modernas, en la cueva, y especialmente en la boca y en sus proximidades, es fácil localizar algún tipo de detrito o basura dejado de forma intencionada por algún desaprensivo visitante. No sería justo, sin embargo, que otorgáramos todos los males de la cavidad a la presencia humana. Es más que probable que buena parte de las desapariciones de figuras o de partes de éstas se produjeran mucho antes de que la gruta fuera frecuentada y su origen debe buscarse en causas naturales.

En consecuencia con lo dicho, el estado de conservación del arte parietal de la cueva del Salitre es francamente lamentable y de no tomarse las medidas pertinentes no creemos

que su futuro, en cuanto a perdurabilidad se refiere, sea demasiado prometedor.

TESTIMONIOS ARQUEOLÓGICOS.

Las primeras referencias a la existencia de un yacimiento arqueológico en la cueva del Salitre se deben a Alcalde del Río, Breuil, Sierra (1911: 24). En ellas se hace mención explícita a un yacimiento de entrada en el que Sierra recogió en superficie varios sílex del paleolítico superior y de momentos posteriores a este período (?). A destacar la existencia de un fragmento Solutrense así como de distintos útiles líticos como raspadores, buriles y nucleiformes. En cuanto a la fauna se localizaron restos de *Ursus speloeus* y arctos, huesos de ciervo común, de cáprido, de caballo y de jabalí. También se cita la presencia de moluscos como lapas del tipo Altamira y ordinaria.

Años más tarde Carballo (1924: 84, 92, 102, 112, 113, 233 y 410) excavó el yacimiento el cual reveló riveles Azilienses, Magdalenenses, Solutrenses y Auxilienses¹⁷⁰. A destacar que se descubrió el primer arpón aziliense de la península que presentaba además doble perforación, característica esta que lo convertía en un ejemplar único. También se descubrió un hueso pintado, calificado en su momento como un boceto de cérvido (Carballo, Larín 1933: 34). La figura estaba al

¹⁷⁰ Estratigrafía también citada por Obermaier (1912: 24)

parecer pintada en rojo (Pericot 1942: 332) y se cita como descubierta en un nivel Aurifaciense (Almagro 1947: 354). El hueso pintado se encontraba depositado en el Museo de Prehistoria de Santander siendo el director J. Carballo, sin embargo Ignacio Barandiarán no pudo localizarlo debiendo de analizar la figura pintada a través de la reproducción publicada en 1933 por Carballo y Larín. Según I. Barandiarán la figura representada se interpretaba mejor como una cabra que no como un cérvido (Barandiarán Maestu 1973: 209-210) (Lám. 11a-SA).

En 1979 se reemprendió la excavación del yacimiento de la entrada a cargo de Federico Bernaldo de Quirós y Victoria Cabrera (1980: 141), sin que tengamos noticias de que se haya publicado la memoria de esos trabajos; aunque al parecer se realizaron un par de calicatas frente el panel II.

INVENTARIO DE LAS FIGURAS ANALIZADAS.

La cueva del Salitre dispone en realidad de un número muy limitado de manifestaciones parietales, ya que descontando los trazos y borrones del panel I, sólo son detectables 6 figuras pintadas (paneles II, IV, V y VI) y unos grabados digitales (panel III). En consecuencia carece de sentido un planteamiento estadístico al ser poco útiles los porcentajes del mismo.

Las únicas representaciones claramente identificables son dos ciervas (paneles II y IV), así como una imagen, que aun siendo dudosa hemos interpretado como la cornamenta de un ciervo (panel VI); todas ellas incompletas. El resto de figuras se muestran demasiado perdidas e incompletas como para intentar una asignación faunística precisa, por lo que las hemos definido como animales indeterminados. Nos estamos refiriendo a las imágenes de los paneles II, V y VI.

Uno de los aspectos más interesantes es la realización de las figuras mediante el empleo de dos colores: negro y rojo. La primera tonalidad se localiza exclusivamente en los paneles I y II, mientras que las restantes representaciones exceptuado el grabado digital (panel III) han sido realizadas con tonalidad rojiza.

ANÁLISIS DE LA DISTRIBUCIÓN ESPACIAL DE LAS REPRESENTACIONES PARIETALES.

El análisis de la distribución espacial de las escasas manifestaciones parietales de la cueva del Salitre, proporciona una información muy significativa al respecto de la organización espacial de la cavidad. Esta, como intentaremos desarrollar, muestra una clara originalidad, especialmente en lo que atañe a la ubicación y tipo de figuras, y es difícilmente paralelizable a la de las otras cavernas del área cantábrica que aparecen en este estudio. Por otra parte, Salitre se nos

presenta como una gruta bastante modificada en su fisonomía interior, tanto por la acción humana -recordemos las excavaciones que se observan en algunas zonas de la galería- como por su propio desarrollo geológico, aspectos ambos que también intentaremos detallar en la medida de lo posible.

Una de las evidencias más destacables de la cueva a efectos de su decoración parietal, es la localización de todas las imágenes iconográficamente definidas en la pared izquierda de la galería (la más septentrional)¹⁷¹. Si bien es verdad que existen muchas posibilidades de que la cavidad tuviera un mayor número de representaciones -en este sentido podrían haberse interpretado los borrones del panel I, o el aislamiento realmente extraño de algunos soportes como el P. II-, lo cierto es que hoy por hoy, y a la espera de una monografía moderna de la cueva, no disponemos de más figuras que las ya señaladas.

Conviene recordar asimismo y siguiendo el discurso anterior, que buena parte de las representaciones muestra un grado de deterioro considerable lo que en algún caso determina que estén prácticamente perdidas. Todo ello nos llama a la prudecia a la hora de intentar analizar esta distribución espacial de las figuras, ya que cabe la posibilidad de que el planeamiento resultante se origine o sea consecuencia del azar.

Existen algunos elementos que pueden ser destacables y que permiten una aproximación al fenómeno de la distribución

¹⁷¹ No contemplamos obviamente el panel I.

espacial. Así, muy próximas al panel IV y también a los soportes V y VI se detectan dos oquedades de pequeño tamaño que podrían estar relacionadas con la presencia de las figuras de los citados soportes (véanse las láminas 6b-SA y 8a-SA). Reafirmaría tal suposición el hecho de que las superficies rocosas que se desarrollan alrededor de las citadas oquedades presentan una coloración y morfología muy óptima para la ubicación de manifestaciones parietales, cosa que no sucede en otras partes de la cavidad. Es interesante señalar al respecto que a diferencia de otras cavernas de este estudio, la cueva del Salitre tiene un interior poco favorable para la realización de figuras parietales. Sus paredes son generalmente rugosas y de relieves abruptos y agudos, a lo que habría que añadir una tonalidad muy oscura de la caliza.

De lo dicho anteriormente se desprende, pues, que la localización de los paneles IV, V y VI puede ser debida por una parte a su proximidad a las pequeñas oquedades de la pared y por otra a la forma y coloración de las superficies rocosas próximas a aquéllas.

Más complejas de determinar son las localizaciones de los paneles II y III. En cuanto al primero de ellos se nos presentan distintas problemáticas ya que su aislamiento, pero especialmente la altura a la que se encuentra respecto del actual nivel del suelo (tema del que hablaremos posteriormente) son complejos de interpretar. Ciertamente es el último soporte de la cavidad, es decir, el que se encuentra propiamente al

final de la galería, sin embargo, la configuración física de esa zona es poco concreta y definible, ya que es un espacio bastante amplio y carente de formaciones u otros elementos que la signifiquen espacialmente (Lám. 3a-SA). El panel se localiza, no obstante, prácticamente enfrente de una serie de pequeños camarines o divertículos de la pared derecha de la galería (véanse la planta de la cueva y las láminas 3b-SA). Estos camarines no constituyen tan sólo los elementos físicos más significativos de esta área de la galería, sino que lo son de toda la cavidad. Podría en consecuencia, establecerse la relación entre la presencia del P. II y los citados divertículos, característica ésta que salvando las distancias sería bastante paralelizable a lo que sucede espacialmente con los ya citados soportes IV, V y VI. Es decir, tal como se presenta la cueva hoy en día parece que podría establecerse una correspondencia entre los soportes decorados y su proximidad a elementos físicos que se significan por su diferencia espacial respecto de otras zonas de la cavidad. Aspecto que desarrollaremos específicamente en el siguiente capítulo de esta monografía.

En cuanto al P. III, su localización también parece estar ligada a la morfología física de esta zona de la cueva, si bien a una escala menor de lo que parecen apuntar los otros soportes. La presencia de la grieta en la que aparecieron los restos de fauna, de ocre y la calota humana, apuntaría en esa dirección.

Como es lógico, los planteamientos anteriores se han realizado en función del estado actual de la cueva, el cual, con independencia de las catas arqueológicas realizadas desde principio de siglo, se presenta bastante similar a como se deduce de la topografía (Fig. 3-SO) y la descripción que aparece en *Les Cavernes*.... Deberíamos en este sentido intentar, como venimos haciendo en cada monografía de este trabajo, una aproximación al estado de la cueva en el o los momentos en que fue decorada.

Ya hemos indicado que no existen variaciones físicas perceptibles entre las informaciones citadas a raíz del descubrimiento del arte parietal de la cueva¹⁷² y el estado actual de la misma. En este sentido, la constatación de las excavaciones antiguas realizadas con la intención de extraer mineral, son el único factor documentado con anterioridad a 1911. Estas excavaciones, suponemos realizadas e efectos de conseguir salitre, deben haber alterado sensiblemente el interior de la cavidad y no tan sólo por los rebajes en el suelo, algunos de los cuales son visibles aún hoy día, sino por el movimiento de tierras que este tipo de actividad comporta. Paralelamente, y a pesar de que no se observa actividad hidrológica alguna, hemos de suponer algunos cambios interiores como consecuencia de la presencia y posible aunque parcial circulación del agua. En esa dirección apuntaría el barrizal de la zona final de la cueva.

¹⁷² Recordemos que la decoración de la cavidad es descubierta por el padre Lorenzo Sierra en 1903, aunque su publicación más detallada es la que aparece en *Les Cavernes de la Région Cantabrique*, en 1911.

Todos los factores anteriores se presentan como un obstáculo importante para aproximarnos a la posible configuración de la cavidad en tiempos paleolíticos. Podemos, no obstante, apuntar algunas evidencias. La más clara es sin duda el incremento de altura en el nivel del suelo de la galería, especialmente detectable al final de misma, pero también en la boca de la cueva. Esta diferencia de nivel altera en poco las argumentaciones esgrimidas en los primeros párrafos de este capítulo. Contrariamente un suelo más bajo daría mayor presencia y entidad a los elementos físicos citados caso de las oquedades próximas a los paneles IV, V y VI y de los camarines afrontados al P. II. Este último, además, muestra con su localización, demasiado cercana al actual suelo si lo comparamos con otros soportes parietales paleolíticos, la verosimilitud de ese incremento de altura del pavimento. Por lo que se refiere a las paredes, no creemos que se encuentren demasiado modificadas al respecto del momento en que se emplearon como soportes.

Cabe señalar de nuevo, como venimos haciendo en cada caso, que sin un estudio geológico y arqueológico pormenorizado no es posible una reconstrucción fiable del estado de la cavidad en el momento que fue objeto de decoración. Por lo tanto los argumentos expuestos han de considerarse tan sólo como una aproximación. También se ha de tener presente que carecemos de publicaciones recientes en relación al yacimiento de la cueva.

**DISTRIBUCIÓN Y ORGANIZACIÓN ESPACIAL DE LAS FIGURAS PARIETALES.
DEFINICIÓN DEL PROGRAMA DECORATIVO DE LA CAVIDAD.**

Como ya se ha dicho, la cueva del Salitre dispone en la actualidad de dos zonas de la galería en las que se localizan figuras parietales iccnográficamente definidas: el área final de la cavidad, lugar en el que se sitúa el P.II, y la parte central del corredor, donde se ubican los paneles IV, V y VI; siempre utilizando el muro septentrional del antro subterráneo. No mencionamos el P. I, ni el P. III, puesto que sus representaciones carecen de una concreción figurativa similar a la de los soportes anteriores. Incluso en el caso del P. I ya expresábamos al inicio de la monografía nuestra dudas sobre su supuesta adscripción paleolítica.

La diferenciación anterior en dos núcleos figurativos -recordemos que en ambos se observa más de una imagen a pesar de que no sean siempre identificables-, lleva implícita algunas consideraciones que a efectos de un capítulo como el presente merecen un cierto grado de detenimiento. Así, la significativa distancia que separa ambas zonas, unos 70 metros, junto al diferente modo de realización de las figuras -tanto en lo que afecta a la coloración como a su tamaño y acabado- son reveladores de un origen o planteamiento decorativo probablemente distinto. El tema será tratado con más detalle en el capítulo siguiente de esta monografía, baste retener en este momento que, como en otras cuevas de este trabajo, véase el ejemplo de Cullalvera, estaríamos en lo que sería interpretable

como dos actuaciones decorativas distintas y por añadidura de dos posibles programas decorativos independientes entre sí. Es necesario este tipo de aclaración ya que la relación de categorías de los soportes que a continuación desarrollaremos podría llamar a engaño si se planteara como resultado de la lectura de un unitario y supuesto programa decorativo.

La categorización de los paneles de la cueva del Salitre muestra un repertorio limitado y poco característico. Las razones de esta leve determinación hay que buscarlas básicamente en el mal estado de conservación de las figuras y en las lógicas modificaciones que a nivel morfológico parece revelar la cavidad, pero también en lo que podríamos considerar como una cierta carencia de fidelidad un esquema de distribución de figuras predeterminado, especialmente si lo comparamos con lo que ocurre en otras cavidades de este trabajo. Este último aspecto será tratado de forma detallada en el capítulo de conclusiones de este trabajo. Baste por el momento retener que consideramos poco rígida¹⁷³ la organización espacial de la cueva.

Panel I. - Soporta únicamente lo que hoy en día es interpretable como manchas, borrones y trazos de color. La ausencia de peso iconográfico de sus imágenes unida a la localización topográfica y tipo de superficie del panel llevarían a enmarcarlo en lo que hemos considerado como un soporte no determinable. Cabría

¹⁷³ Entendemos por rígida el sometimiento a unas normas concretas y predeterminadas.

asimismo la posibilidad de que en origen -si este fuera paleolítico y se definiera en función de imágenes iconográficamente evidentes- pudiera ser considerado como un panel de tipo no activo. Sin embargo, tanto las razones aducidas anteriormente para expresar dudas sobre su origen paleolítico, como su relación con el espacio que le circunda, apuntaría hacia el tipo de categoría señalada.

Panel II.- Muestra varias representaciones de difícil identificación y que han sido interpretadas como distintos animales por los autores que han trabajado la cavidad. A efectos de este trabajo hemos considerado que sólo es claramente identificable 1 cierva, aunque también soporta algún que otro trazo y otra figura no identificables. Respondería bastante bien al tipo de panel que hemos definido como no activo, el modo de realización de las imágenes y la superficie concaviforme señalarían en esa dirección. Hay que tener presente, no obstante, que una variación considerable en el nivel de pavimento (más altura del panel) facilitaría una lectura más clara de las figuras. Si a ello le añadiéramos el peso visual de las imágenes recién realizadas cabría la posibilidad que la categoría del panel fuese otra; quizás la de activo. No tenemos, sin embargo, evidencias concluyentes para pronunciarnos al respecto.

Panel III.- Grabados digitales, "macarroni". Tiene una categorización poco precisa, especialmente por la forma en que ha llegado a nuestros días. La superficie plana del soporte

unido a la poca visualización de los grabados -recordemos en este sentido que fueron descubiertos en época reciente- denotan una nula incidencia espacial, por lo que respondería bastante bien al tipo de panel que hemos definido como no activo.

Panel IV.- Soporta 1 cierva roja incompleta de un cierto tamaño. Ciertamente se trata de un panel de superficie plana, si bien las dimensiones de la figura así como su modo de realización y la forma en que es fácilmente visionada, invitan a enmarcarla (con ciertas reservas) en la categoría de activo.

Panel V.- Se trata del soporte de categoría más clara de toda la cueva ya que respondería ejemplarmente al tipo que hemos definido como activo. A pesar de ello, señalaríamos que la indeterminación de la imagen que soporta es un obstáculo importante a la hora de interpretar el panel.

Panel VI.- Ciertamente el panel debía de haber mostrado en origen una mayor definición de las figuras que soporta. En base a esa suposición podría haber sido enmarcado en el tipo activo. No obstante, la actual ausencia de concreción figurativa -sólo pueden identificarse vagamente sus imágenes: 1 cornamenta de ciervo (?) y 1 animal indeterminado- impide su enmarcamiento en ese tipo de categoría, siendo más pertinente su dependencia del modelo que hemos definido como no determinable.

La poca especificidad de las categorías de los

paneles, ya señalada en los párrafos anteriores, unida a su escaso número, hace dificultosa la aproximación al supuesto programa decorativo de la cavidad, si bien es plausible una cierta interpretación. Ante todo deberíamos de retomar el argumento de las dos zonas decoradas -tema ya explicitado anteriormente y objeto de una reflexión específica en el capítulo siguiente-. La primera de las áreas decoradas es la del final de la cueva (P. II). En ausencia de más paneles decorados (actualmente) y en función de la disposición y categoría del soporte, consideramos que estamos delante de un programa decorativo basado en la existencia de un único panel principal y que en origen mostraría más figuras de las que identificamos hoy en día. Reafirmaría tal suposición la ubicación del soporte afrontado a los camarines del final de la cueva, con lo que su valor espacial quedaría probablemente justificado. Las diferencias de identificación de las figuras del panel no serían estrictamente un obstáculo para la determinación anterior.

La segunda zona de concentración parietal (P. IV, V y VI) muestra una problemática más compleja, si bien podríamos intentar una cierta aproximación que no consideramos demasiado clara, ya que si bien se detecta una evidente organización espacial de las figuras, parece difícil asumir la existencia de un programa decorativo predeterminado.

Teniendo como base la reflexión anterior el supuesto programa decorativo quedaría de la siguiente manera: el panel

principal vendría definido por el P. IV -el de la cierva-, siendo el P. V el soporte de acceso o flanqueo y el P. IV el de cierre; se trataría de una distribución decorativa excéntrica no lineal. Repetimos, no obstante, que los límites definitivos del programa decorativo no son demasiado evidentes.

En cuanto al P. III, respondería bastante bien al modelo de panel marginal, totalmente desligado de los dos programas decorativos mencionados.

PROGRAMA DECORATIVO Y TEMPORALIZACIÓN.

A pesar de su escaso número de representaciones parietales, la cueva del Salitre parece revelar distintas frecuentaciones decorativas. Variadas son las razones que nos asisten en tal razonamiento, las cuales están ligadas tanto a la propia distribución topográfica de las figuras, como al modo de realización de estas últimas. Así, como ya se ha apuntado anteriormente, localizamos tres áreas con decoración parietal cuyas distancias de separación creemos que son lo suficientemente significativas como para justificar sus mutuos aislamientos. La primera de las zonas está delimitada por la presencia del P. II, hallándose separada de la segunda área, definida a su vez por el P. III, por unos 60 metros. Del panel anterior, a la tercera de las zonas decoradas, enmarcada por los soportes P. IV y V, se contabilizan por su parte unos 20 metros de distancia. Estas diferencias serían ya de por sí

bastante argumento para considerar grupos independientes a las tres áreas citadas, ya que ante tales distancias y careciendo - actualmente- de decoración parietal intermedia su aislamiento se presenta como bastante evidente.

Disponemos asimismo de otras características ligadas al modo de realización de las imágenes que redundan en lo señalado anteriormente. De esta manera, la comparación entre los tamaños, color y acabado de las figuras del P. II y de los paneles P. IV y V muestra importantes diferencias que creemos suficientemente indicativas de un origen artístico distinto. El panel II dispone sus figuras realizadas en color negro y, lo que es más importante, muestra en el mismo soporte la presencia de varias imágenes. Contrariamente las representaciones de los soportes IV y V son rojas y mucho mayores de tamaño, ocupando superficies y paneles distintos. Es decir, mientras que en el P. II las figuras se encuentran dispuestas en un solo soporte, el conjunto formado por los P. V y VI muestra sus figuras aisladas, no relacionadas entre sí -cierva, indeterminados y ciervo (?) -.

Por su parte el P. III ofrece la presencia de grabados digitales, los llamados por la historiografía tradicional "macarronis". Este tipo de imagen y su técnica de realización son totalmente ajenas a lo que hemos visto para las demás zonas decoradas de la cueva. Si bien su presencia podría estar ligada a los materiales que aparecieron en la grieta próxima -véase la descripción del panel-, no tenemos suficien-

tes evidencias para confirmar este hecho.

En atención a lo escrito hasta ahora podríamos concluir que las figuras parietales de la cueva del Salitre parecen ser resultado de distintas frecuentaciones de la cavidad. El argumento de "manos" artísticas distintas pero tiempo parejo o muy próximo, no creemos que tenga mucha validez en este caso, puesto que las diferencias entre las figuras - tanto en lo que hace a su localización como su modo de realización- son demasiado evidentes como para no ser fruto de una temporalización distinta. Cabría señalar, finalizando este capítulo, la posibilidad -dentro ya de una propuesta totalmente interpretativa- de que las imágenes que vemos actualmente fueran resultado como mínimo de tres *visitas decorativas* de la cavidad, visitas separadas entre sí por un período de tiempo difícil de contabilizar pero claramente diferenciable.